

# TEMAS DE ESPIRITUALIDAD

## EDITH STEIN: AYUDAR A LOS DEMÁS, VIVIR EN FAVOR DE ELLOS En homenaje a los ochenta años de su holocausto

P. Pedro Trigo S.J.\*

### **ABSTRACT:**

*Edith Stein received and wrote many Letters. They highlight the meaning and sense of reality and truth, the horizon of history, and the experience she lived in an unconditional and ultimate acceptance of God in Jesus Christ and the presence of life-giving Spirit. She will end her life offering it for her Jewish people and the peace of mankind.*

**KEYWORDS:** *phenomenology, education, empathy, colleagues, students, feminist philosophy, Jewish theology, family, liturgical movement, scapegoat, sacrifice.*

Al estudiar este tema en las cartas somos conscientes de que hemos elegido materiales ocasionales y fragmentarios, que excluyen desarrollos más sistemáticos<sup>1</sup>. Por eso no pretendemos haber cubierto, ni mucho menos, todo lo que podemos saber de ella al respecto. Pero sí estamos convencidos de que las cartas son materiales muy significativos porque expresan lo que su autora tiene más en el corazón, lo que quiere comunicar a sus interlocutores, más tratándose de una persona con voluntad

\* **Pedro Trigo**, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosa publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLaT, Iter, Sic, Anthropos, Nuevo Mundo... Correo electrónico [trigodura@gmail.com](mailto:trigodura@gmail.com)

1 Incluso ni siquiera hemos trabajado todas sus cartas. En la edición que hemos usado se han suprimido todas las dirigidas a Román Ingarden, publicadas en otro volumen aparte por la Editorial de Espiritualidad, Madrid 1998. La edición de sus cartas completas, junto con sus demás escritos autobiográficos, compone el volumen primero de sus obras completas, publicada por la Editorial de Espiritualidad, Madrid 2002

de comunicarse transparentemente y con extraordinaria capacidad para plasmar lo que quiere decir. Por eso sí pensamos haber encontrado un venero muy profundo y valioso de lo que Edith Stein sentía sobre su vida en cuanto un servicio concreto a los demás; más aún, su vida entera puesta a favor de ellos.

En general seguiremos sus cartas cronológicamente, pero a veces uniremos varias en una serie cuando aparezcan como un progresivo desarrollo de lo mismo, bien por tratarse de la situación de una misma persona, bien por referirse a un mismo problema o eje temático. En el título que damos a cada apartado trataremos de caracterizar cada materia tratada. Después del análisis, concluiremos con una síntesis de lo encontrado.

## **RELACIONES, TRASCENDENTES, DE MUTUA COMPLACENCIA**

En este estudio no vamos a tratar de las relaciones de Edith con sus amigos, las relaciones de mutua complacencia, que tienen una cabida extensa en su correspondencia<sup>2</sup> y más todavía en su autobiografía, publicada con el título de *Estrellas amarillas*<sup>3</sup>. No las incluimos porque nos restringimos al amor al prójimo, o, por mejor decir, al aproximarse al que tiene dificultad para ayudarlo, que son las relaciones que, según Jesús engendran vida eterna.

Las relaciones de Edith con los que se han cruzado en su camino llegan a un grado de intimidad difícilmente superable. A este respecto es sintomática esta cita a un amigo: “hay alguien que continuamente piensa en usted. Pues esta unión permanente con todos los que a lo largo de la vida se han relacionado conmigo, al margen por completo de la relación actual, forma una parte esencial de mi vida. Y usted debe creer esto<sup>4</sup>” (55-56: 1925). Edith lleva permanentemente en su corazón a todos, los lleva, pues, en su amor. La cita es sintomática porque este tipo de expresiones se repite de un modo u otro a lo largo de su vida. No los lleva porque se los haya tragado. Su amor no es de ningún modo un amor devorador que engendre

---

2 *Autorretrato epistolar (1916-1942)*. Editorial de Espiritualidad, Madrid 1996

3 Editorial de Espiritualidad, Madrid 1973

4 Nueve años después dirá casi lo mismo a una doctora de filosofía muy amiga, en cuya casa se convirtió y que fue su madrina de bautismo: “Naturalmente, todos los días pienso en usted, pero lo haré especialmente el día de Nochebuena” (113-114: 1934)

dependencia. Dice, por ejemplo, “todo cuanto usted quiera contarme, me interesaría. Pero si prefiere no hacerlo, por favor, déjelo así”<sup>5</sup> (55).

Por eso estamos convencidos de que las relaciones de Edith con sus amigos no son relaciones intrascendentes desde el criterio evangélico, porque no se reducen al contrato implícito del que el evangelio dice que “no tiene mérito, que no tiene gracia” (Mt 5,46; Lc 6,32), sino que están transidas de verdadera libertad, de auténtica gratuidad y por eso buscan incondicionalmente el bien de la otra persona por amor a ella y no por la complacencia en ella, por la satisfacción que encuentra en ella y menos todavía para que ella haga lo mismo. Por eso estas relaciones deben considerarse como auténticas relaciones de ayuda, como amor al prójimo. Con eso estamos diciendo que las podríamos haber incluido en el estudio. Ya lo estamos haciendo con este apunte inicial. Creemos que él es suficiente para nuestro intento, aunque sí trataremos de los casos en los que la trascendencia sea especialmente significativa, sobre todo, la entrega por el pueblo judío y, más en concreto, su familia.

## ACTITUD DE AYUDA

La trascendencia en las relaciones reluce especialmente cuando se atreve a opinar sobre escritos o conferencias y más todavía sobre la vida de otra persona, haciéndose cargo de que los señalamientos pueden empañar la relación e incluso hacerla naufragar. Sin excluir que a veces esté más presente el deseo de esclarecer el tema en cuestión que el efecto que puede provocar en la persona, lo que indicaría una cierta insensibilidad respecto a lo que pueden afectar sus palabras a las personas<sup>6</sup>, creemos que en muchas ocasiones aparece con suficiente claridad que Edith, acierte o no, lo que busca es ayudar a la persona y que por eso lo hace con tacto e incluso con dolor y afecto y dando una gran libertad al otro para que tome

5 Lo mismo dirá a otro corresponsal trece años después: “no sé qué tipo de debilidad es la que le lleva a autocensurarse, pero de ninguna manera quisiera exigirle hablar más sobre ello” (320: 1938)

6 Quizás ése sería el caso de la opinión que da a una doctora que le envió su disertación sobre la relación entre Husserl y Brentano. Después de decir lo bueno y explicar más todavía lo que tendría que seguir trabajando, comenta: “Espero que sepa entender usted adecuadamente las observaciones que, con toda franqueza, le he hecho; si alguien me envía un trabajo, supongo que es porque tiene interés en oír un juicio que pueda estimularle a seguir trabando” (168:1933). Creo que lo que le dice cumple el objetivo y en ese sentido es una ayuda objetiva, pero los términos tal vez sean, como ella misma reconoce, demasiado francos. También reconoce que tal vez no debió dar el juicio que un filósofo amigo le pidió de un libro; cree que debe reparar el daño con la oración (348-349: 1940)

sus palabras sólo en lo que cree que eventualmente pueden ayudarle, por lo menos a pensar para llegar a tomar una postura personal o a confirmarse en ella.

Es muy reveladora de esta actitud la carta que escribe a un filósofo amigo preguntándole si en verdad él tiene vocación filosófica. Es una carta muy matizada, en la que todos los caminos están abiertos y lo único que pide es lealtad consigo mismo para obrar con libertad liberada respecto de su vida (41-42: 1919). Esto que aconseja a los demás, es lo que practicará ella misma asiduamente, y en concreto estas dudas las tendrá cada vez más sobre su propia capacidad y más aún sobre la idoneidad de su bagaje para responder con solvencia a las tareas que tiene entre manos<sup>7</sup>.

Ahora bien, hay que reconocer que hay un proceso en la propia Edith, que va desde una confianza nativa en sí misma, acrecentada en su juventud, tan rápidamente exitosa, aunque no sin tremendo esfuerzo y no poco dolor, a esa conciencia tan aguda y dolorosa de sus límites. Es claro que, alcanzada esta conciencia de sus límites, las relaciones son más horizontales y los señalamientos que pueda hacer a los demás con la intención de ayudarlos son más llevaderos. Por eso, ocho años después de esa carta, le dice a ese mismo profesor: “Ahora míreme asombrado, que yo no tengo miedo de presentarme ante usted con tan sencilla sabiduría de niño” (60:1927).

Este desplazamiento actitudinal se refleja en el modo de ayudar. Agradece de todo corazón el que su corresponsal se haya abierto a ella porque así, al captar más desde dentro su estado, puede pedir a Dios por él de manera más concreta: “si usted me permitió echar un vistazo a su interior, ya se lo agradecí sinceramente—como siempre me complace contemplar de cerca y claramente la necesidad de una persona, porque entonces sé mejor lo que tengo que pedir para ella<sup>8</sup>” (id). Como se ve, nada de curiosidad, tópicamente femenina, ni ansia oculta de tener a la persona en su mano al poseer sus claves sino genuino interés de solidarizarse con ella.

---

7 Ver al respecto las cartas a Hedwig Conrad-Martius del 13 de noviembre de 1932 (140-141), del 24 de febrero de 1933 (148-151), del 5 de abril del mismo año (153-155), de julio de 1935 (231) y 20 de agosto del 1936 (254-255) o a Petrus Wintrath, doctor en Filosofía y monje en María Laach (119, junio 1932) o a una religiosa amiga (142: 1932) o al provincial de los dominicos (207: 1934) o a otra religiosa con la que comparte de corazón (230: 1935 y 292: 1937) o a otra carmelita (375: 1942)

8 Casi literalmente dice lo mismo a una amiga: “Siempre hemos de calcular el tiempo en el locutorio, de modo que sea lo más breve posible. Pero si alguien tiene un asunto, podemos escucharle tranquilamente. Así se sabe mejor lo que hay que encomendar al Señor. Naturalmente que, en la medida en que puedo, también seguiré respondiendo a las preguntas” (305: 1938).

Ahora bien, es una novedad que el interés se ejercite ahora principalmente en la oración por ella. Edith ha dedicado muchas horas en comunicar a sus amigos su punto de vista como modo de ayudarles por aquello de que cuatro ojos ven más que dos. Sin embargo ahora expresa: “Creo que actualmente apenas puedo hacer otra cosa por usted. No es posible ayudarle con argumentos. Si se le pudiera liberar a usted de toda argumentación, entonces se le ayudaría”. Parece un consejo bastante insólito en una filósofa que ha hecho gala constantemente de su razonabilidad. Sin embargo, creo que es muy congruente para la situación de crisis religiosa que le ha expuesto su amigo. Como postkantiana sabe que no es posible llegar a Dios por argumentos. Es preciso adoptar otra actitud. Esa actitud viene sugerida por la fenomenología: es la apertura al misterio que late en la realidad.

### **SALIR DE SÍ MISMA PARA COMUNICAR LA VIDA DIVINA, UNA MISIÓN QUE TOTALIZA LA VIDA**

Así expresa su comprensión de la centralidad que tiene en el cristianismo la entrega a ayudar a los demás: “Poco a poco, he comprendido que (...) cuanto más profundamente alguien está metido en Dios, tanto más debe, en este sentido, ‘salir de sí mismo’, es decir, adentrarse en el mundo para comunicarle la vida divina”. Como Magdalena se echa a los pies de Jesús cuando oye que él pronuncia su nombre y él le pide que le suelte porque tiene que enviarla a los enviados, así Edith ha sentido que el Señor le exige otra cosa que la que había pensado al comienzo, que fue dejarlo todo, desentenderse el mundo, y dedicarse por completo a su Padre y a él. Ese encargo no es otro que continuar la misión de Jesús en su nombre: comunicar al mundo la vida divina. Cuanto más profundamente viva uno el cristianismo, más se sentirá urgido por esta misión, y para Edith esto vale también para quienes hacen vida contemplativa. A nadie se le dispensa de la misión, porque es ejercicio primigenio de amor.

A Edith no le cabe la menor duda de “que vivimos aquí y ahora para realizar nuestra salvación y la de aquellos que nos han sido confiados” (70:1930). Así pues, la ayuda a los demás no es algo secundario y, menos aún, supererogatorio sino que forma parte del núcleo configurador de la vocación cristiana, que es una vocación para la misión.

## **DISPONIBILIDAD PARA LOS DEMÁS**

A una señora conocida suya se le ha muerto la hija. Le escribe para decirle que “si pensara que un encuentro conmigo puede hacerle bien, en ese caso, de corazón, le pido que disponga de mí” (66: 1928). En este mismo sentido dice a una antigua alumna suya: “si creyera que con ello le hacía algún bien, hoy mismo o el domingo hubiera dejado todo a un lado e iría a ver cómo se encuentra” (95:1931). Igual que Dios dispone de ella, también los demás. Ambas disponibilidades son la misma disponibilidad de fondo y presuponen la misma desapropiación personal: dejar de definirse por uno mismo para definirse como hija de Dios y hermana de los demás.

Edith está saturada de obligaciones y compromisos, por eso, dice, no visita a nadie; pero sí recibe con gusto al que crea que puede encontrar ayuda en ella: “Son muchas las personas que acuden a visitarme, y bienvenido sea todo aquel que cree que puede encontrar ayuda en mí” (79: 1930). Edith se presenta como una persona para los demás. Como eso es lo primero y se lleva todo el tiempo disponible, no tiene tiempo de relaciones de mutua complacencia. En su vida tiene primacía absoluta la dialéctica simbólica del oído sobre la de la vista. En la dialéctica de la vista uno es el centro del mundo y todo lo ve desde sí mismo y obra desde la propia percepción y deseo. En la del oído es la palabra que pide ayuda la que tiene la primacía y lo saca a uno de su mundo y lo lleva a ayudar al que clamó a él, guiado por su voz, obediente a ella.

## **DISPONIBILIDAD RADICAL: OFRECIMIENTO AL HOLOCAUSTO**

“Después de cada encuentro, en el que percibo la impotencia del influjo directo, se hace más patente en mí la urgencia del propio holocausto” (69-70: 1930). Edith escribe esta frase en un momento de actividad febril. Ella es una intelectual católica que está dando la cara como mujer, como intelectual y como católica, tres aspectos de una única misión. Está entregada a esa labor de apostolado porque le parece que el tiempo, de creciente confusión, lo demanda. Más aún, le parece que el tiempo histórico, en el que cada vez se procede más por presiones, pide dar la cara. Ella sabe que se está jugando mucho, pero lo hace con entereza e incluso con entusiasmo. En sus charlas siente oposición, pero más todavía siente que da en el clavo, que confirma en la fe a muchas personas, sobre todo mujeres, que las ayu-

da. Así pues, cuando habla de la impotencia del influjo directo, no lo hace desde el escepticismo que brota de un cúmulo de experiencias fallidas. Humanamente hablando tiene éxito. Pero ve que en el plano decisivo de la orientación última de las personas, el contacto directo tiene un límite porque es cada quien el que tiene que decidir y Dios el que da la gracia.

¿No se puede, pues, ayudar más a fondo? Edith cree que sí. Llegados a este plano, lo más eficaz, tanto para la propia vida como para ayudar a los demás, es para ella la oración y el sacrificio. ¿Qué sentido tiene decir que son eficaces, si se está convencido de que todo depende de la elección gratuita de Dios? No son para lograrlo de Dios por pura insistencia o como haciendo méritos ante él. Son, por el contrario, para entrar en la onda de Dios, para ponerse completamente a su disposición, para dejar pretensiones propias, aunque sean de la salvación de quien se ama, y someterse completamente a sus designios, sabiendo que no se sabe y que hay que caminar en ese claroscuro.

Pero, dando un paso más, afirma, como lo opuesto a la impotencia del contacto directo, la urgencia del holocausto propio. ¿Cuál es su eficacia? No puede ser la sustitución. El amor, ya lo hemos dicho, no se traga al otro sino que lo deja siempre en libertad frente a sí. El holocausto es la muestra del amor supremo: dar la vida por los que se ama. Dios no quiere ninguna vida. Él no quiere sacrificios. Pero él sí quiere que se ame hasta el fin. Ése es el camino de Jesús. Ella no se va, obviamente, a suicidar ni a pedir a Dios que se la lleve. Pero, si otros le quitan la vida, ella la dará por ellos. Y antes que eso, si otros la marginan y le prohíben la acción pública y el influjo directo, ella, de todos modos vivirá para ellos, a favor suyo y, más aún, de los demás perseguidos y, sobre todo, de los que no tienen como ella el cobijo de la fe.

## LA ORACIÓN REDUNDA EN PROVECHO DE LOS DEMÁS

Para que la persona esté todo el tiempo en disposición de ayudar y para que la ayuda ayude en realidad, es indispensable acudir diariamente a la fuente de la vida filial y fraterna. Así le aconseja a una antigua alumna: “Concédete tanto tiempo en la iglesia como necesites, a fin de encontrar paz y tranquilidad. Esto redundante en provecho no sólo tuyo sino también del trabajo y de todas las personas con las que te relacionas” (102:1931).

¿Por qué redonda en bien del trabajo y de las personas con las que se relaciona? No, ciertamente porque la insistencia machacona, lo que los romanos llamaban muy expresivamente “*fatigare dii*”, lograba que la divinidad distraída se ocupara por fin del implorante, sino porque la oración, si es realmente lo que proclama y pretende, descentra radicalmente y así ayuda eficazmente a que la persona se defina por las relaciones trascendentes de hija y hermana. Desde esa identidad actuada en la oración, la relación es realmente de ayuda y no de búsqueda subrepticia de prestigio o poder o de mera complacencia o de enfeudamiento a otro, rindiéndose a la fascinación o buscando seguridad o ganancia.

## **UN MODO DE ACONSEJAR: PONER ANTE LA REALIDAD Y ESPOLEAR LA LIBERTAD**

Tres cartas a una joven exalumna que le había manifestado sus deseos de seguir la vocación religiosa y que entretanto estudiaba en la universidad y le contaba cómo le iba y en particular las relaciones con jóvenes profesores, son muy elocuentes del modo como Edith aconsejaba<sup>9</sup>.

Ante todo trata de poner en claro la situación con la mayor objetividad posible, de manera que la muchacha pueda hacerse cargo de sus motivaciones de fondo. Luego coloca la situación en el plan de vida de la muchacha, no sólo para ver si hay o no concordancia sino para ver, si el modo como está encarando la situación, implica de hecho un corrimiento en el plan de vida profesado. Edith hace esto con el objetivo de que la persona elija su dirección vital conscientemente y no sin decírselo a sí misma.

Todo lo lleva a cabo, no asentado tesis, sino haciendo observaciones y exponiendo pareceres al modo siempre de meras hipótesis, de manera que sea la propia muchacha la que decida. El tono es siempre de respeto y de confianza en la persona, a la que se deja en todo caso completa libertad de conciencia.

---

9 105-106, 115-116, 116-118: 1931

## **ESTUDIO DE UN CASO: LA DESVENTAJA, SIGNO DE LA PREDILECCIÓN DEL SEÑOR QUE LLEVA A ASOCIARSE AL SUFRIMIENTO REDENTOR DE SU HIJO**

Edith dirige varias cartas<sup>10</sup> a una alumna que no acaba de decidir qué hacer con su vida ya que no puede con los estudios. Ella la encamina hacia un trabajo profesional y a capacitarse para él. Lo hace con ese realismo que la caracteriza, con franqueza, pero también sin herir, porque no hay para ella ninguna desvalorización personal en que falte inteligencia abstracta. Cosa que es muy notable en una persona que tanto la ejerce.

Pero no sólo no hay ni rastro de una mirada de arriba abajo sino que Edith quiere que la muchacha comprenda que debe aprovechar la situación, que la humilla, para avanzar personalmente: “El Señor debe tenerte preparado algo especial, dado que te ha aceptado en una escuela tan dura” (110). La muchacha tiene que hacerse cargo de que lo que vive es un signo de predilección especial del Señor, ya que la lleva por un camino tan duro, que es el de su Hijo y el de los santos, y que no todos pueden con él.

Entre tanto, los papás de la muchacha han decidido que vuelva al internado para que lo intente de nuevo. Esto es humillante para la muchacha que siente las expectativas de sus padres sobre sí junto con sus limitaciones, y se desanima. Edith toma en serio las dificultades y el abatimiento, y la lleva a tener fe en Dios, que quiere eficazmente su bien, y a tener fe en ella como parte de su fe en Dios, y desde esa fe la anima a corresponder a la conducción de Dios. La pide que se ponga confiadamente en las manos de Dios y que se deje guiar por él. Al descargar su vida en él, sentirá el alivio de verse llevada por el Padre materno, y con este alivio y con esta compañía amorosa, se sentirá animada a poner con fidelidad su granito de arena: “A cada cual Dios lleva por su propio camino, y uno llega más fácil y más rápido a la meta que el otro. Lo que nosotros podemos hacer, en relación a lo que se nos da, es realmente poco. Pero debemos hacer ese poco. Ante todo: pedir insistentemente que vayamos por el camino recto y sigamos sin resistencia alguna el estímulo de la gracia, cuando lo notemos. Quien procede así y persevera pacientemente, ese tal no deberá decir que sus esfuerzos son inútiles. Únicamente, no se debe poner plazo alguno al Señor” (114). Como se echa de ver, Edith, va a lo esencial, lo sólido, lo verdadero, que en definitiva es lo que da esperanza fundada.

---

10 109-110; 114-115; 125-126: 1931; 138-139: 1932; 166-167: 1933; 234-235:1935

Como un refuerzo de la fe en sí misma basada en la fe que Dios tiene en ella, Edith le manifiesta la fe que tiene ella misma en la muchacha: “Creo en tu futuro prometedor” (id). Cualquiera que lea sus escritos comprenderá, como sin duda lo comprendió la muchacha, que esta frase de Edith no era una simple palmadita en el hombro, es decir una frase consoladora con la que no se compromete quien la dice. La muchacha captaría, cosa que era verdad, que Edith creía en ella, aunque ese futuro prometedor, como el de la propia Edith, no había que entenderlo como éxito mundano sino como realización personal cabal, que puede coexistir con aparentes fracasos.

Resulta conmovedor la naturalidad, es decir, la verdad, con la que en otra carta reitera a la muchacha que siempre pide por ella, pero, a su vez, le pide a ella oraciones porque ella también tiene dificultades: “Siempre me acuerdo de ti en mis oraciones, y agradezco que tú hagas lo mismo pues tampoco a mí me faltan dificultades” (138). Edith no escribe desde la imperturbabilidad del Olimpo al que como un ser superior ha logrado ascender sino desde la misma arena del mismo combate, sintiendo, como la muchacha, dificultades y por eso, la que aconseja, con toda naturalidad, con toda humildad, con todo realismo, pide también ayuda. Creo que la muchacha se quedaría admirada y conmovida y que sí oraría por ella.

La muchacha ha vuelto a fracasar en los estudios y Edith la ha aconsejado que entre en un trabajo social en una parroquia. La muchacha ha aceptado y va entrando en el camino que Edith le había propuesto. Avanzando por ese camino empieza a captarlo como una vocación integral. Sobre esto ha preguntado a Edith y ésta es su respuesta:

*Ante todo quiero contestar a tu pregunta. Existe una vocación al sufrimiento con Cristo y, a través de eso, a colaborar en su obra redentora. Si estamos unidos al Señor, somos miembros del cuerpo místico de Cristo; Cristo continúa viviendo en sus miembros y sufre en ellos; y el sufrimiento, soportado en unión con el Señor, es un sufrimiento insertado en la gran obra de la redención y, por eso, fructífero. Este es un pensamiento fundamental de toda vida religiosa, pero especialmente de la vida del Carmelo: interceder por los pecadores a través del sufrimiento voluntario y gozoso, colaborando de este modo a la redención de la humanidad (143: 1932).*

El dato básico es que la muchacha sufre por lo que humanamente siente como fracaso en su vida. Ella no se ha buscado ese sufrimiento: no ha sabido hacerlo mejor y, más hondamente, se ha encontrado con sus limitaciones. No tiene sentido decirle que no sufra. Es un sentimiento primario. Lo que Edith le pide es

que se haga cargo de que forma parte del cuerpo de Cristo en la historia y que, con palabras de Pablo, está cumpliendo en su carne lo que falta a la pasión de Cristo, y que por eso debe unir sus sufrimientos con los del Señor y ofrecerlos con él por la salvación del mundo.

Insistimos que el sufrimiento en sí es una pasividad, algo negativo. Sufrir en sí no tiene gracia. Sería una ofensa pensar que Dios quiere que sus criaturas sufran y menos aún su Hijo. La gracia está en no encerrarse en el sufrimiento, en lo que se capta como esterilidad. Encerrarse en el fracaso rumiándolo con amargura sí es una ofensa a Dios, que es el que da y mantiene la vida, aunque muchas de sus limitaciones y, sobre todo, sus efectos sociales, no sean queridos por él. Por eso es bueno y fecundo no encerrarse en sí sino abrirse a Dios en el dolor y creer que no es estéril, que, si se vive humanamente, humaniza y que, si se ofrece por los demás, ese amor que ejercita el sufriente es fecundo como es siempre el amor.

La vida de Edith ilustra este camino cristiano, el camino de la cruz. Edith ha luchado con todas sus fuerzas y hasta el fin por dar lo mejor de sí a favor de los demás. Es lo que ha aconsejado a la muchacha: que se dedique a ayudar a los que tienen más necesidad que ella, dando así de su pobreza. Por eso, después de darle esa doctrina, le añade: “Naturalmente que también ahora me alegrará oír de ti algo sobre el servicio social voluntario”.

Pero cuando el régimen nazi le cierra toda posibilidad de contacto, no se encierra en la frustración sino que se va al Carmelo a vivir a favor de los que luchan afuera y de todas las víctimas y, más en general, por la salvación de todo el mundo y, siguiendo en este camino, dará, como Jesús, la vida en unión con los condenados del mundo y por ellos. Del mismo modo le dice a la muchacha que haga lo que pueda y que, además, ofrezca su íntimo dolor en unión al dolor redentor de Cristo.

La muchacha ha caído enferma. Edith, desde el Carmelo de Colonia, donde reside como huésped, le escribe con mucha ternura: “me agradecería poder visitarte. Pero esto ahora no es posible. Sólo puedo recordarte muy cariñosamente y enviarte los ángeles custodios para que te lleven la profunda paz conventual en la que vivo” (166). Después de otras consideraciones, concluye:

*Ahora sólo quisiera desearte mucha paciencia para el tiempo de tu enfermedad, y desearte también el último consuelo al que te remití más de una vez: que el camino del sufrimiento es el más cualificado para la unión con el Señor. La fuerza redentora del sufrimiento, llevado con alegría, es muy necesaria, precisamente en esta época nuestra (166-167).*

Esta época es la que le ha cerrado las puertas a Edith y a los no adherentes al régimen. Es, pues, una época en la que, en cierto grado, la pasión ha sustituido a la acción. Así como la acción era por Cristo y con su Espíritu, también y, más aún, la pasión tiene que vivirse con Cristo. Y porque se vive con Cristo, porque se sabe que, en definitiva, quienes tienen la última palabra no son los nazis sino el Señor, hay que vivirla con alegría. Es una cruz vivida desde la resurrección de Jesús y la esperanza de resucitar con él.

Pues bien, la enfermedad de la muchacha es también la constatación de su inutilidad en un grado más elemental y básico que en las anteriores ocasiones, y por eso tiende a descorazonarla. Edith le insiste en que no tiene que abatirse: debe, por el contrario, unir su impotencia a la de Cristo, unirla con fe y amor, de manera que sea esa fe y ese amor los que triunfen en su vida y en la de quienes la rodean, como triunfará en Alemania, a pesar de que parece que se impone la dirección contraria.

La última carta es para sus papás, respondiendo a la noticia de su muerte, tras una enfermedad larga y dolorosa: “Desde hace años me he acordado de Anneliese diariamente en la santa Misa, y ahora tampoco me olvidaré de ella. Tengo, sin embargo, la confianza de que apenas necesitará de nuestras oraciones. Ustedes saben bien lo mucho que yo he valorado siempre la nobleza de sus sentimientos. Lo que a los ojos humanos podría aparecer como falta –su carácter reservado y su excesiva timidez-, delante de Dios pesa muy poco (...) Ahora ya está con Dios y le resultará mucho más hermoso que su bosque natal, por el que ella sentía continua nostalgia. Además, conseguirá a sus queridos padres la gracia de poder gozar con ella” (235: 1935). Una amistad fiel. Esa altísima valoración resalta en el hecho de que espere que esté en el cielo y no en el purgatorio. En esa época se creía que casi sólo los santos no pasaban por el purgatorio porque no tenían nada de qué purificarse. Les reafirma a sus padres lo que también le había dicho una y otra vez a ella, que lo que le podía parecer una desventaja respecto de los demás, no lo era a los ojos de Dios; todo lo contrario: sería el camino para su santificación. Es lo que reafirma una vez concluido su camino. Y lo dice de esa manera tan hermosa y tan apropiada: Dios le va a resultar más hermoso que su bosque natal, por el que sentía constante nostalgia. Es el retorno a Dios como lo realmente nativo, más que la querencia de su bosque. Seguro que a sus papás les tuvieron que resultar muy conmovedoras esas palabras. Pero no sólo está con Dios sino que su vida será fecunda porque les conseguirá a sus papás la gracia de gozar con ella. Su hija no ha sido una inútil: Edith cree que ella les va a conseguir lo más valioso, lo definitivo.

Edith consuela con la verdad por delante y la confianza en el amor de Dios.

## DEJAR HABLAR A LOS HECHOS

Como una muestra sobresaliente de su modo de ayudar dando opinión sobre lo que otros hablan y escriben, está lo que dice de una disertación de una feminista: “me parece, como constatación de hechos sueltos, sumamente valiosa, y saludaría que pudiera seguir trabajando en esta dirección. A ella misma he dicho que sería más eficaz si dejara hablar a los hechos por sí mismos y renunciara al inadecuado tono agresivo” (112:1931). Edith le pide que renuncie al tono agresivo porque le parece inadecuado. La inadecuación proviene de que esa interferencia de la subjetividad de la autora hace que lo que dice sea captado como algo derivado de su estado de ánimo ofendido y por tanto alterado, y no de la observación certera de la realidad. Como le parece que las observaciones son agudas y pertinentes, le pide que tenga confianza en ellas, en definitiva, en su capacidad de indagación y plasmación de la realidad, y deje que hablen por sí mismas.

Como se ve, descubre lo más valioso de la persona, y lo que critica de ella es precisamente para que lo valioso se ponga a valer. En concreto, dejar hablar a los hechos por sí mismos es la esencia de la fenomenología y la dirección vital de Edith, que ha descubierto a Dios en el corazón de la realidad como su principio y fundamento.

## CONSOLAR POR LA CAPACIDAD DE CAPTAR LO POSITIVO EN MEDIO DE LA NEGATIVIDAD

La capacidad de consolar sin caer en subterfugios sino siendo capaz de ver lo realmente positivo, aparece en una carta a una religiosa filósofa que piensa que no va a poder ejercer lo estudiado con tanto esfuerzo y se siente frustrada: “No se preocupe inútilmente pensando que lo conseguido durante sus años de estudio se perderá irremediabilmente. Lo conseguido es un hábito, esto es, una adquisición firme que no se pierde fácilmente. Dentro de nosotros tenemos mucho más de lo que sabemos. Así está muy sabiamente dispuesto. Cuando se necesita, se convierte en acto” (122: 1932).

Lo que se estudia no sirve sólo para el objetivo específico para el que se estudió, por ejemplo en este caso, dar clases. Se incorpora a la persona estructuralmente, es decir, no sólo como saberes específicos sino como conceptos fundamentales, enfoques, más aún, disposiciones, aptitudes, actitudes. Y por eso están a

disposición de la persona cuando ella los necesita para hacerse cargo de la realidad y encargarse de ella. Así lo ha dispuesto el Creador muy sabiamente.

Como en otros casos, también este consejo es la teoría de su propia vida, que va trascurriendo por sendas inéditas y, por tanto, para las que no está específicamente apertrechada, pero que puede transitar gracias a ese bagaje genérico, que la capacita para enfrentarse creativamente. Como se ve, la ayuda no es algo meramente profesional sino que dice a otros lo que también ella trata de vivir a fondo.

## **UN MODO DE ACONSEJAR: TENER EN CUENTA EL ESTADO DEL QUE SE AYUDA Y TENER PACIENCIA CONSIGO MISMO**

En no pocas cartas de Edith la ayuda no consiste en socorrer a una persona necesitada sino aconsejar y animar a una persona para que viva ayudando a las demás o, en concreto, para que ayude a otra. Dice, por ejemplo, a una joven, que acabará entrando en el Carmelo: “Naturalmente debes tratar de ayudar a la hermana de P. El hecho de que sea mayor no significa nada. La madurez interior no siempre se ajusta a los años. Desde luego debes hacer todo lo necesario en socorrerla, teniendo en cuenta su naturaleza, no la tuya, y si tiene necesidad de mostrar su afecto, no rechazarlo. Supongo que no será nada malo. Ten paciencia contigo misma; el Señor también la tiene” (124; 1932).

El principio es el mismo que vivió y propuso Pablo: obrar no sólo desde sí mismo, desde la propia conciencia, sino tomar en cuenta a la otra persona, su modo de ser y su situación. Como se trata de buscar su bien, hay que hacerlo desde la situación en la que se encuentra, porque sólo se encuentra con la otra persona asumiendo el punto de partida en el que está, sin entrar a juzgarlo. Pablo hablaba de que hay que hacerse todo a todos (1Cor 9,18-23) y eso hacía él, para ganarlos a todos, y que no había que tener en cuenta sólo la propia conciencia sino la de los demás para no escandalizarlos sino servirles de ayuda (1Cor 10,23-33). Eso le dice Edith a la joven.

Si procede así, a veces se impacientará. Incluso se sentirá contrariada. Así como tiene que comprender a la persona a la que quiere ayudar, así tiene que comprender también su propia impaciencia y tener paciencia consigo misma. No se ayuda a otro desde la autosuficiencia sino desde la fragilidad. Por eso al salir de sí y ponerse en una situación algo violenta, es normal que uno pierda la serenidad que nace de estar en la propia casa. No tiene que recluirse en sí de nuevo sino soportar la relativa pérdida de domino de sí.

En definitiva se puede tener paciencia con los otros y consigo mismo, porque Dios la tiene siempre con todos. Esto es lo que da la paz en medio de las contrariedades.

La salida de sí que propone y practica Edith está sustentada en que esa salida a la intemperie está sustentada en Dios, en que nadie nos puede arrebatarnos de su mano y en que él quiere incondicionalmente nuestro bien.

## **CONSEJOS DE EDUCADORA EN UNA ÉPOCA DE EMANCIPACIÓN FEMENINA**

Hemos insistido que el tipo de ayuda que más practica Edith es el consejo. Hemos podido apreciar que tiene dotes sobresalientes para esa misión, pero también algunas limitaciones, unas temperamentales, que las va limando, sobre todo, una cierta dureza, a veces, al decir lo negativo, otras, derivadas de su relativo retiro del mundo como profesora en el convento dominico durante ocho años. Dice a este respecto, meses después de salir: “sólo ahora, que yo misma estoy fuera, me doy cuenta de lo extraño que se me ha vuelto el mundo y de los esfuerzos que me cuesta conectar con él. Y no creo que lo pueda conseguir otra vez del todo” (134:1932). Sin embargo, ella es consciente y animosa y por eso responde a las inquietudes que le son transmitidas, con la mayor lucidez posible.

Un ejemplo sobresaliente es lo que le dice a una religiosa profesora en un colegio de adolescentes sobre la educación en el aspecto sexual: “Yo no soslayaría las preguntas sexuales, al contrario, hay que alegrarse de que se ofrezca una ocasión propicia para hablar clara y honestamente sobre estas cosas, ya que no es conveniente lanzar a las muchachas al mundo sin educación sexual. Sólo que se debe escoger el tema cuidadosamente y evitar cualquier erotismo lascivo. Tratar de forma realista y honrada, en conformidad con su significado, cosas que pertenecen a las realidades más elementales de la vida, lo tengo por mucho menos peligroso. Ciertamente, si usted tiene a su cargo niñas completamente desprevenidas, esto puede provocar también una crisis. Por eso, precisamente, hay que estar al corriente en clase” (135-136: 1932).

Lo sexual no debe ser un tabú en clase. Hay que alegrarse de que las muchachas tengan tanta confianza en la profesora que se animen a preguntar al respecto, ya que en esa época no era un aspecto de la vida que se solía comentar en público, sino en círculos cerrados igualitarios en los que no era fácil que los que estaban

sintiendo la misma problemática pudieran ayudarse mucho. Lo sexual forma parte integral de la educación humana porque es una realidad elemental de la vida, elemental en el doble sentido de que llega a lo más primigenio y de que eso primigenio, en principio, no está elaborado sino que es susceptible de un trabajo humano, en el sentido preciso de integrador y humanizador. Esa relativa indeterminación de las pulsiones y deseos es la causa de que el tema sea delicado y exige que sea tratado con cuidado y respeto. Pero para que el adolescente pueda elaborarlo adecuadamente, el tema debe ser expuesto con toda claridad y no hacerlo así es una falta de respeto. Y además con serenidad. Esta serenidad es la superación, tanto del temor y de la angustia como de la incitación a una iniciación que deje de lado el aspecto simbólico que caracteriza a la sexualidad humana.

Como se ve, Edith siempre habla desde esa honradez con la realidad, que, en definitiva, fue la que la llevó al cristianismo.

Muy conectado con este tema es la respuesta que da Edith a las preguntas de otra profesora, religiosa de clausura, sobre la educación de las muchachas. Como se trata de educar a las muchachas cree que la mayoría del profesorado debe ser femenino, pero, dice, “no consideraría la situación ideal que sólo fueran mujeres. Aquí sucede como en la familia, donde lo mejor es que estén presentes el padre y la madre y eduquen conjuntamente. Con relación a las alumnas, también hay tareas parentales del profesor” (137:1932). Esto es hoy un lugar común, aunque no sé si se toma en consideración lo que dice Edith o no se toma en cuenta la variable, lo que parece suceder frecuentemente. En su tiempo era una verdadera audacia. Por eso se pronuncia por un “profesorado mixto” (138).

Más a fondo plantea la correlación entre dos aspectos complementarios: “Ciertamente las niñas educadas en las instituciones religiosas deben recibir fuerza para conformar su vida según el Espíritu de Cristo. Y lo más importante, sin duda alguna, es que las maestras tengan ellas mismas ese espíritu y lo encarnen vivamente. Pero, además de eso, tienen también el deber de conocer la vida en la que se van a mover después las niñas. De lo contrario (...) todo podría ser arrojado por la borda por considerarlo inútil” (137).

El texto me parece muy relevante. En el primer aspecto, lo que destaca no es que las maestras sepan los dogmas y los ritos sino que encarnen el Espíritu de Cristo para que lo puedan transmitir a las muchachas, ya que la finalidad de las instituciones religiosas (no sólo las educativas) es que quienes participan de ellas configuren su vida según el Espíritu de Cristo. Este consejo me parece no sólo certero y decisivo sino una convicción bastante infrecuente entonces y hoy. No se

puede describir mejor lo que constituye lo único decisivo en el cristianismo. Y es obvio que sólo quien vive animado por el Espíritu puede trasmitirlo.

Pero el segundo aspecto es igualmente decisivo ya que el Espíritu sólo obra desde dentro. La ideología se impone desde fuera y desde arriba, desde cualquier tipo de poder, pero el Espíritu sólo se transmite desde dentro, horizontal y libremente. Por eso el Espíritu lleva a lo que en términos posconciliares se llama inculturación del cristianismo. Edith es consciente de que la generación que se levanta pertenece a otra galaxia que la suya y al vivir en un ambiente abierto y contrastado, incluso agresivo, lo tiene más difícil: “La generación actual ha pasado por muchas crisis; ella no puede entendernos, pero nosotros hemos de esforzarnos por entenderla a ella; quizás, entonces, podamos ayudarle un poco” (id). Sabe que no hay simetría en la relación intergeneracional, que ellas no deben esperar comprensión de los jóvenes, pero que, sin embargo, tienen que esforzarse en comprenderlos. Sin comprenderlos, no hay posibilidad de empatar con ellos ni por tanto de ayudarlos. Se les podrá adoctrinar, pero no ayudar, cosa sólo posible a través de encuentros personalizados en el terreno de ellos. Incluso, comprendiendo, dice, que se les podrá ayudar quizás y un poco.

Esta modestia implica una conciencia muy viva de las dificultades de su tiempo. Excluye toda prepotencia, doctrinarismo y voluntarismo. Implica salir de las viejas seguridades y lanzarse al mundo ancho y ajeno, que es el mundo en el que viven los jóvenes. La institución eclesiástica no puede erigirse como una de esas seguridades que separan y por tanto impiden ayudar y así no sólo imposibilitan la misión sino que esterilizan las vidas que se acogen a ese falso sagrado.

Son consejos medulares que implican la encarnación que acaba en la pascua, un camino muy cuesta arriba, pero el único fecundo. El camino que está tratando de recorrer Edith con toda el alma.

## **CONSEJOS DE EDUCADORA EN UNA ÉPOCA DE TOTALITARISMO EN CIERNES**

Su aporte sobre otro aspecto del mismo tema de la educación de la adolescencia y la juventud, precisamente en esa hora de ascenso vertiginoso del nazismo, es muy valioso, y muy pertinente también para nuestra mundialización bajo las reglas de juego del mercado totalitario.

Está proponiendo el tema para una conferencia con ulterior discusión: “Quizás podría pensarse en el tema: ‘El valor de la personalidad como base para la comprensión católica de la persona’. Consideraría muy importante presentar las dificultades partiendo de la praxis escolar; dificultades que surgen hoy en el camino de la formación de la personalidad. Posteriormente debería tener lugar una discusión crítica con las comprensiones colectivistas del presente. A mí me parece que lo más importante para la fundamentación de la crítica y del trabajo práctico es una clara elaboración del valor individual de la personalidad a partir del Dogma y de la Escritura” (146: 1933).

Quiero destacar, ante todo, la nítida percepción del dilema que planteaba el nazismo a la concepción y, más todavía, a la praxis cristiana, percepción que no todos compartían en esos comienzos. Lo plantea como colectivismo versus valor individual de la persona humana. Cuando la mayoría de los alemanes estaban suggestionados por la exaltación de la raza aria y la pujanza de la nación y el Estado, ella veía con toda claridad que el sumergirse en ese ambiente exaltador era un craso colectivismo que anulaba el carácter sagrado de cada individuo como persona, su derecho a pensar y decidir por sí mismo, a tener soledad y silencio, a no ser arrollado por ese frenesí que parecía sumamente positivo y, sin embargo, despersonalizaba.

En segundo lugar, lo primero que propone no es demostrar el error del colectivismo ambiental organizado sino proponer con toda solidez la concepción cristiana y proponerla, no sólo como una doctrina abstracta y atemporal sino a partir de la práctica pedagógica, es decir, en la vida concreta de los jóvenes que están más o menos intoxicados del ambiente reinante. O sea, hacer ver en concreto lo pertinente que es la propuesta cristiana para esa situación y esa vida.

No descarta la polémica, por el contrario, la supone y de un modo constante. Pero insiste en que lo único sólido es asentar la propuesta cristiana de un modo claro y distinto y bien fundado y sistematizado. Desde esa posesión personalizada de la propuesta cristiana tiene sentido la discusión crítica con las propuestas colectivistas, aunque lo decisivo es enfocar desde ellas las dificultades concretas que presenta el alumnado, no tanto de manera ideológica sino en la praxis escolar concreta.

Como se ve, para Edith convertirse al cristianismo no fue hipotecar su libertad y su capacidad de pensar, entregándose a un sistema dogmático y disciplinar, sino, por el contrario, ahondar su interioridad y liberar su libertad para entregarse con gozo. Ella pensaba lo mismo que otro convertido, inglés, de esa época, Chesterton, que decía que para entrar en la iglesia (en el fondo en la Iglesia) había que quitarse el sombrero, no la cabeza.

Vuelve sobre el tema respondiendo a una pregunta de otra educadora. Ante todo piensa que es imprescindible hacerse una opinión clara sobre el nacionalsocialismo: “Esto lleva consigo trabajar por formarse un juicio, valorar el ‘movimiento’ en conformidad con nuestras normas” (161: 1933). Pero, desde esa conciencia clara de lo que está en juego, lo verdaderamente decisivo es acompañar desde dentro a las muchachas: “es un deber de educadora vivir todo este tiempo con las niñas” (160-161). Pero, en consonancia con la orientación fundamental católica, que se afina en la subjetualidad de las personas, no hay que estar con ellas para fascinarlas o para inculcarlas, en todo caso para imponerse sobre ellas, para encuadrarlas. Si se hace eso, sea cual sea el contenido, es otra versión de lo ambiental. El cristianismo tiene que distinguirse, no sólo por la doctrina sino, sobre todo, por los métodos. Por eso asienta: “espero poco de una organización desde arriba. Tiene que salir de la juventud misma. Por eso, quizás, es bueno, antes que nada, observar a las niñas, que tal vez están ya entusiasmadas para una cosa, y animarles a que tengan confianza en ganar a otras para la causa” (161). Lo central es, pues, que las muchachas sean verdaderos sujetos, e incluso sujetos con tal densidad que sean irradiadores.

Creo que lo más trascendente de la postura de Edith es su decisión de confiar en los demás, incluso en los que aparecen ante los demás como más débiles, como son las niñas y las adolescentes. Animarlas a tomar su vida en sus manos en cualquier hipótesis y esperar que su decisión va a resultar humanizadora y fecunda, entraña una gran fe en las personas. Infundir esa fe es la mejor ayuda.

Entre tanto han clausurado las escuelas católicas y la profesora debe enseñar en un ambiente en el que no puede hablar de nada que pueda ser interpretado como propaganda religiosa o más concretamente católica. Este cambio es un dolor muy grande para alguien que ha pasado buena parte de su vida formando maestras y profesoras católicas. Esto es lo que le aconseja Edith: “Ahora ya ha tenido sus primeras experiencias en la escuela. No habrán faltado dificultades. Pero, seguramente, también podrá hacer algún bien. Para ello será preciso tener más sensatez y precaución que en una escuela confesional, para lo que siempre existen medios. Implórese para todo la guía del Espíritu Santo. En este hermoso tiempo litúrgico entre Pascua y Pentecostés se debe pedir su abundante efusión. Seguro que se nos dará. La madre de Dios es la mejor patrona para la educación de las muchachas. Cuanto menos hable de ello, tanto más debe llevarlo consigo en el corazón en la horas de clase” (225: 1935).

En primer lugar, como en otras ocasiones, el sentido de realidad: hay que hacerse cargo de dónde se está y cuáles son las condiciones objetivas del medio.

A eso lo llama sensatez. Eso requiere, puesto que se ha de hablar mucho, tener precaución. Pero esa actitud sólo da para no meter la pata. Como lo que se quiere es hacer todo el bien posible, es indispensable la abundante efusión del Espíritu, tanto para que inspire las palabras más oportunas, como para que incline a las muchachas a recibir las. Ahora bien, puesto que casi no será posible tematizar a Dios y a Jesús, será absolutamente indispensable que ellos estén en el corazón durante la clase para que se hable desde ellos, más aún para que exhale el buen olor de Cristo, que, aun atemáticamente, sea percibido y gustado.

## **UNA AYUDA SIGNIFICATIVA: EL INFLUJO POR IRRADIACIÓN**

Escribe a una colega en el instituto pedagógico de Münster con la que ha tenido relación más que nada colectiva, pero que ha resultado muy fecunda: “Gracias, de corazón, por su amable carta. Debo decirle que he seguido muy atentamente y con mucha alegría la transformación que se ha operado en usted en el último año. Nada hay más hermoso en el mundo que la acción de la gracia en un alma. Si, como *causa secunda*, he colaborado a ello, ha sido sin yo saberlo, por tanto, de forma no intencionada. Pero también entonces, cuando una es instrumento sin intervenir directamente, se produce una estrecha relación. Y, por eso, creo que nuestro caminar juntas no termina aquí, aunque no exista una animada correspondencia ni podamos vernos con frecuencia” (168:1933).

Como se ve, la ayuda se da por la estrecha relación profesional, en un ambiente efervescente, de mucha discusión, llevada de manera personalizadora. Es la influencia, en palabras de la misma Edith, que ejerce la personalidad, la influencia más libre y cualitativa, ya que se da al modo del influjo espiritual por el que personas abiertas, tendentes a la humanidad cualitativa, se comunican sus energías y, también, al modo de la emulación. El que la influencia no sea intencional, el que se trate más bien de influjo, presupone que la persona, en este caso Edith, irradia energías humanizadoras, al modo como, de manera insuperable, lo hacía Jesús. Es la influencia más duradera y profunda. Y además engendra una honda empatía.

Es hermoso que Edith contemplara con alegría el cambio tan positivo que la gracia operaba en su compañera, sin sospechar que ella fuera el catalizador, el cauce de esa gracia. Es una muestra sobresaliente del descentramiento con el que vivía Edith.

## SU VIDA EN EL CARMELO: UNA VOCACIÓN DE CARIDAD, MEDIANTE LA ORACIÓN, EL CONTACTO DIRECTO O EPISTOLAR Y LA OBLACIÓN, EN FAVOR DE LOS QUE LUCHAN AFUERA

En otras ocasiones Edith se ha referido a la vocación del Carmelo<sup>11</sup>. Ahora se refiere a su vocación personal dentro de él: “Ayúdeme, para que sea digna de vivir en el santuario más íntimo de la Iglesia y de interceder por aquéllos que trabajan fuera” (170:1933). Como se ve, el horizonte fundamental es la dicotomía entre adentro y afuera. Admitida la dicotomía, establece que se está adentro a favor de los que permanecen fuera, digamos, en misión. Obviamente, no estoy de acuerdo con la dicotomía, porque la fe, la esperanza y la caridad se pueden ejercer igual dentro que fuera o, mejor dicho, no igual sino cada quien donde el Señor lo quiere. ¿Es privilegiado estar adentro? Si lo absoluto es dedicarse a las relaciones directas con Dios y con Jesús y con el mundo divino, por supuesto. Pero, si lo absoluto son las virtudes teologales, si éstas son las relaciones que ponen en contacto interno con la Trinidad, parecería que afuera es donde mejor pueden vivirse, aunque no se excluya que Dios tenga un camino para cada uno, que es más adecuado para él.

Estoy totalmente de acuerdo con Edith en que el objetivo y por tanto la justificación de estar dentro, en el sentido concreto de relacionarse con Dios y con Jesús en la oración, es la solidaridad con los que permanecen en la lucha. Ese ejercicio concreto y constante de caridad es la vocación del Carmelo en la Iglesia, una vocación muy puesta en razón.

Dice por eso a una religiosa amiga que el que se puedan ver dependerá de la superiora, pero que ella está “convencida de que no habrá dificultad, siempre que con ello se haga una obra de caridad a un alma. Pues entre nosotras la *‘maior horum caritas’* está por encima de cualesquiera otra regla” (171: 1933).

Se alegra de que a esa religiosa la hayan puesto alguien que le ayude pues “es voluntad de Dios que uno lleve la carga de otro” (id). Es literalmente lo que dice Pablo a los Gálatas (6,2); pero, para que no se malinterprete en el sentido de que unos se descargan en otros, prosigue diciendo, como punto previo, que “lleve cada cual su propia carga” (6,5). Es claro que así lo entiende la responsabilísima Edith.

Ahora bien, si en su caso se puede continuar ayudando por la relación directa o epistolar, la mayor ayuda es poner la vida entera a favor de los demás. Por eso le

11 Ver, por ejemplo 143: 1932

dice a su amiga la novelista católica Gertrudis von le Fort desde el Carmelo: “No piense que usted pierde algo. Todo aquel que tiene un lugar en mi corazón y en mi oración, saldrá ganando<sup>12</sup>” (174: 1933). En ese mismo sentido dice a un profesor judío, viejo amigo y corresponsal suyo: “Si usted no está demasiado lejos, acaso me visite alguna vez aquí o allí. A todos los que conozco, gustosamente quisiera hacerles partícipes de la paz que se nos regala” (177: 1933). En un tiempo tan azaroso, Dios le ha regalado la paz para que la comparta.

Hay dos modos de compartirla: ante todo, poner la vida entera a favor de los demás. Le dice a una amiga que, como está en el postulante, no debe esperar muchas cartas suyas. Así pues “los servicios básicos del amor debe efectuarse a través de un camino silencioso. Creo, incluso, que de esta manera puedo ayudarle más que con palabras. Naturalmente, acordarme en detalle de todas las intenciones, que desde distintas partes me son encomendadas, apenas es posible. Una sólo puede esforzarse en vivir la vida que ha elegido cada vez con mayor fidelidad y pureza, para presentarla como una ofrenda agradable en favor de todos a los que está unida” (183: 1934). La ayuda no consiste en algunas palabras o gestos sino en la vida entera trascendida, es decir, no vivida desde sí y para sí sino convertida toda ella en ofrenda a Dios a favor de los demás.

Sin embargo, esto no quiere decir que no siga teniendo sentido la ayuda concreta a través de la carta o, más aún, de la conversación personal. Eso significa que para ella el ensimismamiento en ese mundo de dentro no es ningún ideal o, por lo menos, no es lo que ella siente ni lo que le parece ser voluntad de Dios para ella. A ella se le pide que haga partícipes de su paz de manera concreta a toda la gente que pueda:

*La mayoría de las Hermanas, cuando son llamadas al locutorio, lo consideran como una penitencia. Es siempre como un paso a un mundo extraño, y se es feliz cuando nuevamente una puede retirarse a la paz del coro, y asimilar delante del sagrario lo que a cada cual le ha sido encomendado. Pero cada día yo siento esta paz como un magnífico regalo de la gracia, que no puede ser dado sólo para una; y si alguien se acerca a nosotras agobiado y molido, y puede sacar de aquí algo de paz y de consuelo, entonces me siento muy feliz(id).*

---

12 Casi literalmente dice lo mismo a un profesor judío con el que ha entablado desde antiguo copiosa correspondencia: “Quien entra en el Carmelo no se pierde para los suyos, sino que, a decir verdad, se gana; pues nuestra vocación es interceder por todos ante Dios” (196: 1934).

La lógica es que, si se pierde todo contacto con el mundo ¿cómo se va a vivir a favor de él? No es discípulo de Cristo quien no haga suyas las alegrías y esperanzas, las tristezas y las angustias de sus contemporáneos, especialmente de los pobres y los que sufren. Y no pueden hacerse suyas, si no se conocen, ya que ojos que no ven, corazón que no siente. Edith siente que en ese tiempo tan traumático, que causa tantos sufrimientos a los excluidos y deshumaniza a los vencedores, no se puede ser de Dios, cortando con todo. Es la lógica de la encarnación, válida también en el convento.

Por eso dice a otra gran amiga: “cuanto más concreta es la imagen, tanto más nos empuja a ayudar, con nuestra oración, a nuestras Hermanas de fuera” (184: 1934). Por eso le anima a que las visite. No podrán ofrecerla nada extraordinario. Sólo, la paz. “Pero a nosotras nos resulta mucho más fácil guardar esto que a aquellos que día a día y hora a hora se encuentran en la lucha. Por esta razón, si alguien puede sacar de aquí fuerzas para la lucha, es algo que siempre me alegra” (185). Es consciente de que la lucha cristiana por resistir y ser fiel se libra fuera. La existencia dentro no se justifica en sí misma. Al Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Testigo fiel, no le podría agrandar esa insolidaridad. El sentido de la vida del claustro es vivir a favor de los de fuera, para que tengan fuerzas en la lucha. Ese sentido global se sacramentaliza en los encuentros concretos en los que efectivamente se trasmite esa paz y esa fuerza del Espíritu. Por eso le alegran a Edith. Así escribe de los asistentes a su toma de hábito: “lo principal es que se hayan beneficiado de la abundancia de gracias de ese día” (193: 1934).

Un ejemplo concreto del modo como Edith entiende y vive su misión de compartir las cargas, es la carta a una religiosa profesora que le ha comunicado en una entrevista (aunque no suficientemente porque al parecer concluyó el tiempo cuando entraba de lleno en la materia) que se siente en un problema grave de conciencia porque siente que, por la presión del gobierno, el cargo le puede empezar a exigir hacer lo que no debe y, sin embargo, por otra parte, siente que dejarlo es abandonar una influencia que sabe beneficiosa:

*Nuestra influencia sobre los otros será bendecida en la medida en que no cedamos una pulgada en el seguro terreno de nuestra fe y sigamos impertérritos la voz de nuestra conciencia, sin que nos importe nada lo que piensan los demás. Si en el desempeño de algún cargo esto ya no fuera posible, opino que se debería renunciar a él, incluso aun cuando parezca que muchas cosas dependen de nuestra actividad. Dios siempre tiene otros medios y caminos para ayudar a las almas. Es verdad que usted está ligada por la obediencia. Pero yo estoy convencida de que nunca se*

*verá obligada a mantenerse en un cargo en el que ya no puede observar los límites citados. Cuándo será el caso, esto es algo que sólo puede juzgar usted (187: 1934).*

La solidaridad con la nación y la obediencia a los superiores fueron los motivos alegados por los acusados de genocidio en el juicio de Nürenberg. Aquí no se trataba de algo tan grave, pero el problema de fondo es el mismo. Para Edith el juicio de la propia conciencia es el criterio último y por eso no hay nada más sagrado a lo que se pueda invocar para no seguirla. Ahora bien, para un cristiano la conciencia está ligada al testimonio de su fe. Ceder, alegando que se desea ayudar a las almas, no es un criterio válido, porque no ayuda quien traiciona a su conciencia. No es ésa la ayuda que Dios bendice. Si uno no puede seguir ayudando desde la fidelidad a su conciencia en el puesto que ocupa, lo tiene que dejar porque nadie es imprescindible para Dios; él tiene muchos otros caminos.

Aquí se ve en concreto lo que Edith decía: que el dilema de la hora era entre la concepción cristiana personalista, basada en el sujeto humano, y el colectivismo. Como se echa de ver, se mantiene en toda su vida la congruencia entre su posición y sus consejos y su perspicacia en ver lo que estaba en juego.

Como una muestra de su solidaridad posible, además de lo que acaba de escribir, prosigue: “no me quedó más iniciativa que ofrecer por usted todo lo que el día me deparó. Finalmente, durante la noche, tuve tiempo y tranquilidad para reflexionar sobre sus asuntos; desde entonces no se han separado de mí; quizás, de esta manera, puedo compartir algo su carga” (id). ¿No es verdad que hay una influencia personal de unos sobre otros y que en ese sentido sí es posible compartir las cargas?

Otra muestra de cómo anima a los que siguen con entereza cristiana en el puesto de catedrático que se le negó a ella: “Con gusto le recuerdo en la oración. Lo hago desde hace años. Quisiera, no obstante, pedirle que tenga también más confianza en sí mismo. Sé que el último año en la cátedra ha dado muestras de más ánimo que la mayoría de sus colegas. Seguro que no le faltará si las cosas llegasen a agravarse” (190: 1934).

Es normal que ante la presión del gobierno, tan brutal e insidiosa, ya que argumenta desde el amor a la nación, el que está puesto al frente se pregunte si tendrá valor (la *parresía* cristiana) para soportar la prueba. Al profesor que desconfía de su propia entereza, Edith le pone por delante el reconocimiento de que hasta ahora ha dado la cara con más valor que la mayoría. Basada en esa experiencia, ella confía en que Dios le dará fuerzas, si, como es previsible, arrecie la situación.

Una síntesis de lo que es para ella la vocación al Carmelo y de la comparación entre esa vida y la que vivió antes de entrar, aparece claramente en una carta a la novelista amiga Gurtrud von le Fort, a quien nuevamente invita a visitarla: “Aquí tiene usted siempre un trozo de patria. La confianza de que algo de nuestra paz y tranquilidad se vierta en el mundo y conforte a aquellos que aún están de camino, es lo único que me tranquiliza ante el hecho de que, entre muchos más dignos que yo, haya sido llamada a vivir en este maravilloso recogimiento” (216:1935). No lo puede decir más claro. La vocación es una llamada gratuita de Dios, que da deseos y capacita para lo que invita. En su caso la invitación es a vivir la paz de estar en manos de Dios en un recinto sagrado, es decir segregado de la vorágine del mundo, para dedicarse a la relación directa con Dios y con Jesús y a la alabanza divina, todo ello desde la pobreza, para significar que Dios basta, y de la fraternidad como ejercicio anticipado de la fraternidad del Reino. Pero separación no equivale a desinterés. Por el contrario, esa paz de que gozan como regalo del cielo es para impregnar de ella la tierra. El convencimiento de fondo es que el bien se difunde, que las energías humanizadoras, más si son participación de la humanidad trascendente de las hijas e hijos de Dios, influyen más allá de los contactos directos impregnando el ambiente y tonificando a las personas, animándolas, dándoles fuerzas para vivir con confianza filial y solicitud fraterna, contrastando las energías que fanatizan y excluyen y de este modo endurecen y deshumanizan.

A Edith le parece que sólo este influjo justifica esa vida recoleta, que, sin embargo, nada tiene de remanso sino que ejercita una actividad a fondo para ponerse en manos de Dios y dejarse moldear por la gracia, para ser así canal expedito de esa energía redentora y liberadora.

Al comparar su vida actual con la que vivió antes de entrar, le parece que la dureza cae del lado de fuera y la consolación del lado de dentro. Por eso le avergüenza que se hable de su vida como vida sacrificada: “No puede suponer lo mucho que me avergüenzo cuando alguien habla de nuestra ‘vida sacrificada’. Una vida sacrificada yo la he llevado todo el tiempo que estuve fuera. Ahora casi se me han retirado todas las cargas, y tengo en abundancia lo que antes me faltaba”. Claro, Edith está aún en el noviciado, sin responsabilidades serias, e, incluso, con un régimen de excepción, ya que se le ha señalado que en vez del trabajo manual prosiga su trabajo intelectual. Además, al haber conseguido lo que había anhelado durante tantos años, está gozando de esta entrega a la relación directa con el Señor y al trato con hermanas dedicadas a lo mismo. Es lo que escribe a un párroco: “Me hace sonreír un poco su pregunta de cómo me he acostumbrado a la soledad. Pues ha de saber que la mayor parte del tiempo de mi vida he estado más sola que

aquí. No echo de menos nada de lo que hay fuera, y tengo todo lo que echaba de menos fuera” (218: 1935).

Es consciente de que en la vida que ha emprendido no todo será color de rosa: “Naturalmente, entre nosotras hay Hermanas a quienes a diario se exige un gran sacrificio. Y también yo espero experimentar alguna vez algo más que hasta ahora mi vocación de crucificada, en cuyo caso habré de ser tratada por el Señor como un niño pequeño”. Edith está abierta a asumir esa responsabilidad de fondo que expresa su apellido: “*a Cruce*”. Por ahora, lo que ofrece es la participación de esa paz, sea mediante ese influjo invisible, sea mediante la participación directa: “Por ahora queremos sentirnos unidas, de manera que acuda a nosotras –al menos en espíritu- siempre que tenga necesidad de un respiro. Acaso alguna vez esto sea de otro modo”.

## **CONSEJOS A UNA CONVERSA: PONERSE EN MANOS DE DIOS, PARTICIPAR EN LA IGLESIA Y ESPERAR QUE SE MANIFIESTE SU VOLUNTAD**

Edith escribe jubilosa a una judía, doctora en economía política, a quien conoció desde niña y que acaba de convertirse al cristianismo y que, como sintió también Edith, tiene deseos de meterse en un convento. Lo que le aconseja es lo que constituye el centro y el eje de su vida:

*Ante todo quisiera decirle: en lo venidero ponga confiadamente todas sus preocupaciones en las manos de Dios y déjese conducir totalmente por él como un niño. Entonces estará segura de que no puede errar el camino. Así como el Señor la ha admitido en su Iglesia, así también la conducirá al lugar que quiera llevarla (...) Por el momento, le diría: Permanezca tranquila en su puesto hasta que no reciba de arriba una señal clara que la lleve a abrazar algo distinto (202-203: 1934).*

Le pide que trate de integrarse a los diversos aspectos de la Iglesia y se ofrece a ayudarla, si necesita relaciones donde reside.

Lo primero es que sea cristiana, y eso no es otra cosa que ponerse como un niño en las manos de Dios para que él disponga de su vida. Luego viene la participación en la vida concreta de la Iglesia, pero lo primero es ponerse en manos de Dios.

Una vez más, la insistencia en lo medular y la unidad entre lo que dice a los demás y lo que vive ella misma.

Edith ve que la conversa va a pasar la Navidad en un ambiente desolado y por eso la invita en nombre de la comunidad a que la pase con ellas. La carta describe de manera concreta lo que ellas hacen, el tiempo que puede estar conversando con ella y lo que puede encontrar en Colonia. Es una carta acogedora (209-210: 1934). Ella acepta y en otra carta confirma detalles y se despide del siguiente modo: “En la esperanza de que habrán de ser para usted días llenos de gracia, su hermana” (210: 1934). Es una ayuda bien calurosa para una intelectual que, al convertirse, se queda sola, además de la soledad impuesta por el régimen a los judíos.

## ORACIÓN POR LA SALUD Y CONSEJOS SALUDABLES

Alguien le ha pedido que ore por su salud. Edith no se contenta con asegurarle que lo hará sino que le hace ver que su petición no es algo excepcional que la saque de lo suyo. Por el contrario: “Nuestra misión es rezar, y son muchas las personas que confían en nosotras” (206: 1934). Dice que el Señor parece atender sus peticiones, no porque en ellas haya nada extraordinario sino por la confianza que tienen en el Señor y por haberse entregado a él.

Pero Edith es muy consciente de que la oración no es un acto de magia. Por eso añade:

*si usted quiere que la oración sea eficaz, debe poner de su parte lo que le toca: a saber, ser razonable y hacer lo necesario por su salud. Al buen Dios le agrada mucho que se sigan las indicaciones del médico y de la enfermera, como si fueran suyas; y que realmente se descanse en el tiempo asignado para ello y se confíen a él todas las preocupaciones. (id).*

Como se ve, el consejo es tan bueno como la oración: ciertamente, hacer caso al médico, pero no menos, descansar y, sobre todo, no preocuparse sino tan sólo ocuparse, es decir, poner el todo de la vida en manos de Dios y ocuparse uno sólo de cada aspecto.

## **LLENA EL MISTERIO CON LA PRESENCIA DE LOS SERES QUERIDOS**

El vivir a favor de los demás está tan metido en ella y en su comunidad que, incluso en la liturgia más solemne de las fiestas, se ora y canta no sólo contemplando el misterio sino poniendo a los demás en él. Dice, por ejemplo de la celebración de Navidad: “Cantaremos el ‘*Christus natus est nobis*’ por todos aquellos que están unidos a nosotras” (212: 1934).

Antes la liturgia era para acumular la energía divina que necesitaba en la lucha. Ahora se ha vuelto ecuménica, compartida, lleno el misterio con la presencia de todos los seres queridos.

## **ACONSEJA A LA CONVERSA, NO ADMITIDA AL CARMELO, QUE ANUDE CON EL MUNDO PARA DISIPAR LAS SOSPECHAS SOBRE SU VOCACIÓN**

La judía, doctora en ciencias políticas, convertida al catolicismo, que vivía en Hamburgo y se siente desolada en ese ambiente no católico, ha decidido irse a vivir a Colonia para sentirse en casa. Edith está de acuerdo, aunque le hace ver que será muy difícil que consiga trabajo. Sin embargo, cree que la alianza de mujeres católicas la podrán conseguir ocupaciones ocasionales: “Esto le proporcionaría pequeños suplementos, de modo que no agotase tan rápidamente el capital. Manténgase contenta siempre en la firme confianza de que Dios ya está ocupado solícitamente preparándole el nido” (234: 1935).

El ambiente está cada día más enrarecido; pero, precisamente en él, hay que vivir la vida con coherencia. Edith, al aconsejarla, tiene en cuenta los dos extremos: en palabras de san Ignacio, proceder con entero realismo y perspicacia, como si Dios no existiera, y por otra parte, confiar enteramente en él, sabiendo que, en definitiva, todo depende de él. El modo como lo dice, especialmente tierno, está próximo a la exhortación a confiar en la providencia que ponen Lucas (12,22-34) y Mateo (6,19-34) en boca de Jesús.

La conversa ha intentado inútilmente ingresar en el Carmelo en Holanda. No sabe holandés, se siente desolada en el mundo hostil y sólo la sostiene la esperanza de poder ingresar a otro Carmelo. Edith escribe a una amiga que piensa la puede

ayudar. Le dice:

*Usted misma la encontró aquí terriblemente desamparada, y temo que ahora esté mucho más. Creo que alguien debería tomarla de la mano y ayudarla a poner nuevamente los pies en el mundo. En la última carta le dije que, incluso como postulante, tendría muchas más posibilidades, valiéndose por sí misma, que, como en la situación actual, despertando la sospecha de que sólo busca un refugio (289-290: 1937).*

Es tremendo pensar cómo la persecución nazi a los judíos, unida a la segregación de los suyos por causa de su conversión al catolicismo, pueden arrinconar a una persona con enormes energías y capacidades, pero que se siente radicalmente desubicada. La conversión, algo que íntimamente siente como muy positiva, le dificulta enormemente la vida, hasta dar la impresión de alguien incapaz de enfrentarse a la vida.

Edith le pide a la amiga que la acompañe para que pueda volver al mundo como el lugar que por ahora Dios quiere para ella y donde ella tiene, por tanto, que vivir, en primer lugar subsistir, pero también relacionarse y ocupar un lugar, aunque ello resulte muy cuesta arriba. También Edith sintió muy cuesta arriba salir del convento de las dominicas, a pesar de que desde él tenía una red muy extensa de relaciones. Pero fue ella la que tomó la decisión, aunque luego sintió que la separación era mucho más honda de lo que había creído y el reanudar desde dentro con la época se le hizo muy duro. Ella comprende, pues, lo que pide a esa doctora, a quien estima de corazón. Edith cree que su vocación al Carmelo es auténtica y por eso, para que no dé una falsa imagen de sí y la admitan, está tan interesada en que se haga cargo de su vida, aunque comprende la dificultad y la comparte.

## **ASEGURA A DOS ASPIRANTES AL CARMELO QUE EL SEÑOR Y SU GRACIA SE DERRAMAN EN TODAS PARTES**

Escribe a dos aspirantes al Carmelo que deben esperar todavía por un tiempo indefinido: “Les deseo tantas gracias navideñas, de modo que una Navidad en el Carmelo no pudiera traerles más. El Salvador está en todas partes con su amor y con su riqueza inagotable” (242: 1935).

Su deseo no es un deseo piadoso sino que está basado en la convicción de que la gracia del Señor actúa en todas partes. Nadie tiene ventaja, si está donde Dios

quiere y como él quiere. Por eso, aunque no puedan celebrar la Navidad dentro del Carmelo, sí pueden obtener las mismas gracias.

Ella está feliz, pero no pierde de vista que el lugar no es lo decisivo sino el estar en las manos de Dios, completamente dócil a su proyecto sobre uno.

## **ORACIÓN POR LAS GRANDES INTENCIONES DE LA IGLESIA**

Creo que es la primera vez que Edith habla de tener presentes “las grandes intenciones de la santa Iglesia” (250: 1936). Es obvio que Edith oró siempre por ellas, pero en las cartas es natural que ella ponga de relieve las intenciones de sus corresponsales y sus personas. Por esa misma razón tampoco se señala explícitamente la oración a favor de los enemigos, el régimen nazi, que la fue acorralando a ella y a los de su pueblo y a otros muchísimos, hasta acabar con su vida.

De todos modos es una ausencia que se hace notar. Algo puede tener que ver el miedo a la censura, que sí está cada vez más presente en las cartas; pero eso no lo explica todo, porque también se pueden decir las cosas indirectamente e incluso de manera que resulten aceptables para los potenciales espías.

## **EL CRITERIO DE ACOMPAÑAR A LOS POBRES CAMPESINOS**

Una joven con vocación religiosa, que ejerce de maestra en un pueblo, le escribe que está pensando trasladarse a la ciudad, donde tendría mejores alumnos. Ella le disuade. Ante todo, le expone lo que constituye el eje central de su vida: que uno debe mantenerse en lo que está hasta que vea alguna señal de Dios para cambiar. Más todavía cuando donde está tiene bastante tiempo para dedicarse a la vida interior. Tal vez a la muchacha le parece todo un poco tosco a nivel cultural, pero debe hacerse cargo que es la misión que Dios le dio. “Ordinariamente uno recibe una cruz más pesada, cuando quiere quitarse la suya de encima” (263: 1936). Tendría sentido, si sus padres necesitaran más dinero, aunque, también tiene que reconocer que en la ciudad gastarían más. Pero la razón que le da de fondo para que permanezca es de mucho peso: “Y, finalmente, hay que tener mucha lástima de las comunidades en las que párroco y maestro permanecen allí solamente hasta que se les ofrece algo mejor” (id). Es el respeto a los pobres, sobre todo, a los culturalmente pobres.

La maestra le ha vuelto a insistir y alega la ayuda a sus padres. Edith le responde que no puede calibrar hasta dónde necesitan ellos de su aporte y le repite sus dos argumentos: “Si contemplo el asunto sin consideración a tu familia, me parece que todo hablaría a favor de permanecer en Hallgarten: la fidelidad respecto de la comunidad, la posibilidad de llevar una vida tranquila y recogida” (269: 1937), además de la cercanía a sus padres.

Quiero subrayar la alta estima de Edith de la fidelidad a la comunidad. Tratándose de una intelectual, me parece que es un indicio de verdadera trascendencia.

## **DESDE LA PAZ PROVISIONAL O DESDE EL LECHO DEL ENFERMO, INTERCESIÓN POR LOS QUE ESTÁN YA EN PELIGRO Y POR LOS PIONEROS**

Escribe a una religiosa, antigua correspondiente, que ha sido elegida para emprender una fundación en Brasil. Es una religiosa de clausura que se dedica a la enseñanza. Le comenta lo siguiente:

*pienso que usted siente esto como una liberación: escapar de la presión de estrechas determinaciones y poder llevar a cabo algo nuevo. / Nos alegramos cuando, a veces, oímos algo así. Hasta ahora vivimos en la paz más profunda, tras los muros de nuestra clausura, sin ser molestadas en modo alguno. Pero la suerte de nuestras Hermanas españolas nos dice, sin embargo, a qué tenemos que estar preparadas. Y cuando se producen cambios tan grandes en nuestras inmediaciones, esto es también una advertencia saludable. De todos modos, es nuestra obligación estar con nuestra oración junto a aquellos que, como pioneros, tienen que sufrir tan duros trabajos (272: 1937).*

Desde la paz, se percibe, sin embargo, la proximidad de la tormenta. De todos modos, mientras viene, ellas están para orar por los que la están pasando y por los que emprenden los trabajos de comenzar algo nuevo. Por una parte, realismo respecto de lo que viene, pero por otra, vivir en el momento haciendo su papel de interceder por los que luchan.

La hermana se enfermó y no pudo viajar. Edith le comenta: “Sin duda alguna, es un gran sacrificio que le pide el Señor. Pero, quizás, a través de su sacrificio cosechará más bendiciones para el trabajo misionero que con la actividad” (282:1937). El trabajo, si se hace con buen espíritu, produce frutos; el sacrificio, si se une con amor al del Señor, cosecha bendiciones para el trabajo.

¿Por qué? Porque es un ejercicio eximio de amor y el amor es siempre fecundo. Es cierto que la hermana habría preferido ir al campo de acción. Quedarse en la cama puede ser asumido como un mero contratiempo que genera frustración. En esa negatividad no hay ninguna fecundidad. Pero, si la hermana ofrece ese deseo, más la gratitud de ponerse en manos de Dios, disponible a lo que él quiera y unida a sus compañeras, alentándolas con su deseo e intercesión, es claro que esa disposición de confianza es grata a Dios y esa unión con las hermanas es real y las tonifica.

## **APERTURA Y VERSATILIDAD ANTE EL CAMBIO DE CIRCUNSTANCIAS**

Un ejemplo de la exquisita discreción de su modo de ayudar es una carta a una religiosa, que estaba mal psicológicamente por tanta presión, a la que ha invitado a pasar vacaciones en el Carmelo. Se ve que la religiosa le ha respondido tomando la invitación con demasiada trascendencia, lo que no ayudaría para que todo trascurriera con normalidad, de manera que redundara en la normalización de la hermana. Estando así las cosas, le responde Edith de este modo:

*No debe tomarse la cosa tan en serio ni tan trágicamente. Se trata sólo de una simple novicia carmelita, a la que usted se dirige, y no de un médico ni de un pastor de almas. Ella no echa en olvido hacer lo posible por curar sus trastornos nerviosos, y no piensa entrometerse en su vida interior. Si a usted no le parece bien, no necesita decirme nada. Únicamente he pensado que las personas que están 'hundidas', durante las vacaciones necesitan reposo –para eso ha dispuesto Dios las vacaciones–, y pensé que le haría bien tomarse unos baños de sol en el Monte Carmelo y respirar más libremente que de ordinario su aire fresco. En nuestras horas de consulta estaría a su disposición, si lo desea, y tendría muchas cosas que contarle, lo que quizás le alegraría. Que usted prefiera conversar en nuestra capilla con la Reina de la Paz y con nuestros queridos santos de la orden, igualmente estaría contenta./ Ahora esperemos, sencillamente, a ver qué decide la reverenda Madre. Que da permiso, entonces tómelo como regalo de Dios y diga muy agradecida 'sí, padre' (275: 1937).*

La propuesta de Edith nada tiene que ver con relaciones profesionales; no se trata de un tratamiento clínico o de una dirección espiritual con un experimentado director de almas. La interlocutora de la Hermana atribulada es una simple novicia carmelita. La invitación es simplemente a que descanse cambiando de ambiente,

tomando unos baños de sol y sumergiéndose en el aire fresco del Carmelo. Las expresiones aluden, como se ve, a las vacaciones, época durante la cual los habitantes de la ciudad van a tomar el sol y el aire fresco de las montañas. En su caso serían unas vacaciones anímicas, más aún, espirituales: dejar de lado todo lo que presiona y altera, y entrar en un ambiente tonificante de paz. A lograrlo puede contribuir la conversación distendida y amena o también abrir el corazón a una amiga que la va a comprender y le va a ayudar a compartir su carga, sin pretender inmiscuirse en su vida ni, menos aún, presionarla a nada. Aunque, si prefiere hablar sólo con la Reina de la Paz y con los santos, también puede hacerlo con toda tranquilidad. Ahora bien, como es una novicia, el que puedan hablar largo y tranquilo, depende de la voluntad de la superiora. Edith la invita a ver en su decisión la voluntad de Dios, como la ve ella.

Edith combina la sencillez de la paloma con la sagacidad de la serpiente, y todo, por el deseo de ayudar, dejando a la persona en completa libertad para que decida lo que le conviene.

La visita no ha podido concretarse. Edith escribe:

- *Ayer he pensado mucho en usted. A tenor de su carta, nos dolió mucho que no pueda venir. Pero esto es humanamente hablando. Seguramente también tiene su lado bueno. Creo que el simple hecho de alegrarse de la visita ya le ha hecho bien. Y este nuevo sacrificio se añade a otros muchos que usted lleva a cabo diariamente y, sin lugar a dudas, dará su fruto. Cuando pienso en las grandes intenciones a las que se refería en su carta y en otras muchas que conocía de antes, entonces creo entender que es necesario comprometerse más a fondo. Con gusto pongo todo esto delante del sagrario (278: 1937).*

Comienza con el lado humano: el dolor, que comparte con ella, de que no hayan podido verse. Ésa tenía que ser la puerta de entrada. Luego viene el esfuerzo de Edith para que ella no vea en ese intento fallido un motivo más para hundirse. Es, sin duda, un sacrificio, que habrían querido ahorrarse, pero que, al darse, hay que asumirlo voluntariamente, hay que encajarlo, para que sea fecundo. Porque lo será. Ésa es la convicción de fondo de la providencialista Edith, que está firmemente convencida de que todo redundará en bien de aquellos a los que Dios ama. Por eso, pasa a afinar el temple de su amiga: lo que está en juego es realmente trascendente; por eso hay que comprometerse más a fondo todavía. Lo que provoca es descansar, pero el tiempo demanda un paso al frente, y Dios, que da la misión, dará también las fuerzas. Edith hará su parte delante del Señor sacramentado.

Al comparar las dos cartas, se echa de ver la versatilidad de Edith, su capacidad de responder a las circunstancias cambiantes, porque no tiene un plan prefijado ni está aferrada a sus apreciaciones sino que está abierta al discernimiento de los signos de la actuación de Dios en sí misma, en las personas y en la historia.

## **SOLIDARIDAD PERSONALIZADA EN ESOS TIEMPOS DE SUFRIMIENTO**

En el encabezamiento de una carta, que se parece a las de san Pablo, a una superiora unida a ella de corazón, aparece un deseo, que no es una mera fórmula sino lo más central que ella puede escribir y desear: “La paz de Cristo rebose en su corazón y en el de sus hijas en medio de los sufrimientos de este tiempo” (291: 1937). Obviamente que no se está refiriendo a “este valle de lágrimas”, a los sufrimientos de esta vida, lejos del Señor. En ese aspecto Edith toma la vida como una esperanza activa hacia un nacimiento cierto: “le deseo la santa alegría del Oficio de hoy [domingo *Gaudete*] para todo el Adviento de nuestra vida” (id). La vida se puede vivir con alegría por ser un camino hasta el encuentro con el Señor. El tiempo que causa sufrimientos, y que cada vez se los causará más, es el tiempo histórico que se vive en Alemania bajo el nacionalsocialismo. Para este tiempo Edith desea que la paz de Cristo rebose en su corazón, para poder vivir en paz la guerra, de manera que no se pierda la cabeza ni, menos aún, se venda el alma para conquistar el mundo, y, conservándose de Cristo, poder ayudar a otros a que vivan esta coherencia.

Lo mismo le dice a una profesora católica con quien trabajó cuando estuvo en Espira: “no olvido a nadie. Sé que usted lo tiene difícil, y me acuerdo de todos aquellos con los que antes he trabajado” (298: 1938). Se entiende que los recuerda ante el Señor y los recuerda con más ahínco porque sabe que son testigos del evangelio y que lo tienen muy difícil.

En este mismo sentido escribe desde el convento de Holanda a la superiora de las ursulinas, con quien se comunica con toda confianza: “es preciso orar mucho para mantenerse fiel en cada situación. Ante todo por tantos y tantos que lo tienen más difícil que yo y no están tan anclados en la eternidad. Por ello, estoy agradecida de corazón a todos los que prestan ayuda” (335: 1939).

Ella presta la ayuda de la oración, el consejo y su vida entera ofrecida por ellos; pero sabe que todo eso, con ser decisivo, no es suficiente. Cree que también

hay que ayudar directamente apoyando, acuerpándose, compartiendo la tarea diaria de ser testigos de la humanidad filial y fraterna de las hijas e hijos de Dios, en una situación en la que sólo valen las adhesiones totales, que equivalen a vender el alma. Está tan consustanciada con esa misión, que agradece a los que ayudan así, como si la estuvieran ayudando a ella misma o a su familia, y es que lo son.

## **ANTE UNA SITUACIÓN QUE NO OFRECE ALTERNATIVAS, LA CONSEJERA NO TIENE CONSEJO; SÓLO, ORACIÓN PARA QUE NO FALTE SALUD**

La doctora de filosofía, madrina de su bautismo, con quien le une una antigua amistad y agradecimiento, a quien ha entregado sus manuscritos para que le dé una opinión, se ha mudado y ha adquirido nuevos compromisos ya que todo está cada día más enrarecido y difícil. Después de hablar de muchas cosas, concluye: “Yo estaría contenta con su nuevo plan de vida, si no estuviera tan sobrecargada. Pero tampoco sé qué consejo darle; sólo puedo ayudarle pidiendo que le sean otorgadas las fuerzas necesarias” (295: 1938).

La situación desborda a Edith, como a todos los que no cabalgan en la ola nacionalsocialista. Por eso, la consejera no sabe qué aconsejar, porque lo que de suyo es excesivo, puede ser imprescindible en esa situación tan extremada. Sólo le queda pedir que las fuerzas aguanten.

Lo último que le queda es la oración, y en ella, cuando está firme el ser humano interior, lo mínimo de lo mínimo, que es lo decisivo, es la salud, es decir, las fuerzas para el trabajo. Es lo mismo que pide en América Latina la gente popular que es cristiana de corazón y carece de tantas cosas.

## **DIOS, QUE NO LLAMA A NADIE PARA ÉL SOLO, HA LLAMADO A EDITH PARA LA SALVACIÓN DE SU MAESTRO, BUSCADOR DEL DIOS VERDAD**

Una muestra muy sobresaliente de la convicción de Edith de que su vida es a favor de otros es que recibió, por carta de su esposa, la noticia de la muerte de Husserl entre el día de su profesión perpetua y el de la imposición del velo: “pensé que sería en circunstancias parecidas a las de mi querida madre, que murió al tiempo

de la renovación de la profesión. No piense que tan gran confianza se debe a mi oración o a ‘mérito’ alguno. Estoy convencida solamente de que Dios no llama a nadie para él solo. Y que, cuando él toma un alma, es pródigo en manifestaciones de amor” (299: 1938).

Para Edith el que haya muerto en esas fechas quiere decir que Dios ha recibido su vida a favor, entre otros, de su querido maestro. Por eso insiste con toda sencillez que esa coincidencia providencial no se debe a ningún mérito. No es cosa suya; es cosa de Dios, que de ese modo manifiesta su amor a quien asume como suyo. Naturalmente que ella se ha entregado, se ha puesto por entero en sus manos. Pero lo importante es que Dios la ha recibido.

No es que Dios actúe caprichosamente a favor de sus elegidos. Dios no es una causa mundana, no mete la mano en el mundo. Pero en definitiva todo es gracia. Aunque la realidad es inconmensurable para los seres humanos y para la humanidad como todo. Sin embargo, a la larga o en alguna iluminación súbita, sí se percibe que él todo lo encamina hacia el bien de los que ama.

Y Dios ama, no sólo a Edith sino a Husserl porque “Dios es la verdad. Quien busca la verdad, busca a Dios, sea de ello consciente o no” (297: 1938). Por eso le insiste a su corresponsal: “No tengo preocupación alguna por mi querido Maestro. He estado siempre muy lejos de pensar que la misericordia de Dios se redujese a las fronteras de la Iglesia visible” (id). En el año treinta y ocho, cuando estaba en todo su vigor el axioma *extra Ecclesia nulla salus*, esta afirmación me parece del todo excepcional, basada en la experiencia interna del misterio, captado como misterio de gracia.

## **PETICIÓN POR LOS QUE HAN LLEGADO A LA PATRIA Y MÁS AÚN POR LOS JUDÍOS, LOS SUYOS, QUE VAGAN SIN PATRIA**

Unas brevísimas líneas en las que plantea lo que para ella es el problema de su familia, objeto de su solicitud, de su oración y de la petición constante de oraciones a todos los amigos y conocidos. Está escribiendo a la hija de la familia donde se hospedaba cuando iba a la abadía de Beuron, a la que se le acaba de morir la hermana y se le murieron los padres. A pesar del dolor que le causa, usted, le dice, al menos “tiene el consuelo de que todos los suyos ya están en la paz eterna. Por el contrario, todos mis hermanos y sus hijos están en un gran apuro. He de pedir para ellos una patria en la tierra y la patria eterna” (309: 1938).

Tratándose de los judíos en 1938 en Alemania, el problema es, efectivamente, que se han quedado sin patria, tanto la nativa Alemania, cuyo gobierno los ha repudiado, como también su pertenencia al pueblo de Dios en el sentido religioso, creencia de su madre, que bastantes de sus familiares no comparten. Por eso pide para ellos una patria en la tierra y la patria del cielo, en la que ella piensa reunirse con su madre, a la que siempre consideró una mujer de gran fe y, desde luego, creyente en el mismo Dios que ella.

Edith también siente muy íntimamente esa carencia de la patria donde nació y que sigue considerando suya y que por eso dirá a sus parientes en USA que no dejen que sus sobrinos se olviden de ella. Pero, desde su conversión, ha adquirido una nueva patria, es la Iglesia y, simbólicamente, en un primer tiempo, la abadía de Beuron, que, como recinto sagrado en el que se realiza la liturgia renovada, es sentida por ella como un trasunto del cielo, y por eso lo tiene como su querencia. Luego, cuando entre en el convento, su patria será el Carmelo: el lugar al que Dios la ha destinado después de una larga y muy azarosa peregrinación. Aunque la patria con mayúsculas es la del cielo donde se encontrará con el Señor, y, en él, también con su madre y su familia y su pueblo judío, que es el pueblo de Dios.

De todos modos la orfandad es tan tensa y el peligro tan dramático que le parece que los que han muerto en el Señor, aunque tengamos que prescindir de su presencia, al menos ya han llegado a la paz eterna y ya no tenemos que sufrir por ellos, mientras que los suyos, apátridas y perseguidos, están en un gran apuro y son, por eso, motivo de una solicitud continua.

## **CUANDO LA SITUACIÓN POLÍTICA QUITA LA PAZ, PROPONE VIVIR EN LA INTERIORIDAD DONDE MORA DIOS, QUE FORTALECE PARA SER TESTIGO**

Las religiosas de enseñanza han sido despojadas de sus colegios y conventos y deben vivir en casas y trabajar en lo que puedan. Es una novedad difícil de asimilar. Éste es el consejo que da Edith a una de ellas, de la más pura estirpe carmelitana: “Cierto que es difícil vivir fuera del convento y sin el Santísimo. Pero Dios, toda la Santísima Trinidad, está en nosotros. Si llegamos a comprender que podemos construirnos una celda cerrada en nuestro interior y recogernos allí tan a menudo como sea posible, entonces en ningún lugar del mundo nos faltará nada. Así tienen que animarse también los sacerdotes y religiosos que están en prisión.

Para aquellos que comprenden bien esto, será un gran tiempo de gracia. Esto lo hemos escuchado ya de algunos” (314: 1938). Es, en palabras de santa Teresa, el castillo interior o las moradas.

Todo consiste en construir la interioridad, pero no una interioridad ensimismada sino abierta a la trascendencia. Propiamente no hay que construirla porque ya la tenemos constitutivamente. Pero vivir a ese nivel sí que entraña un enorme trabajo de interiorización. Desde la determinación de vivir en ese nivel, cobra sentido el dato primordial de nuestra fe de que somos templos del Espíritu y que la Santísima Trinidad mora en nosotros. Si no, es sólo una declaración dogmática, sin consecuencias para la vida.

Pues bien, si en cualquier hipótesis es crucial vivir a este nivel de profundidad, en ese tiempo de tanta presión psicológica y aun física, resulta imprescindible, si se quiere conservar la coherencia.

Lo mismo le dice a un convertido al catolicismo, al felicitarlo por su confirmación:

*Me alegro, de corazón, de que haya recibido en este tiempo el sacramento de la confirmación. Todas nosotras pedimos para que el Espíritu Santo se digne otorgarle todos sus dones y frutos: amor, paz, alegría, que nadie ni nada puede robarnos y que nos independiza de todos los sucesos exteriores. ¡ Como valiente soldado de Cristo, seguro que llevará gustosamente la enseña de su supremo general. Se la envío como pequeño recuerdo de confirmación (350-351: 1940).*

Los dones del Espíritu nos dan la libertad y la paz que nada, ni siquiera la guerra, ni nadie, ninguno de los contendientes, puede arrebatarlos. Como se ve, en esos días es un don muy necesario. Por eso, en ese tiempo de movilizaciones, uniformes e insignias, le sugiere que también él dé la cara por su Jefe y lleve la insignia de la cruz, la de nuestro Señor, a quien le pone como nuestro supremo general.

## **CUANDO LAS MASAS SE OFRECEN PARA MATAR A OTROS, UNA MUJER JUDÍA SE OFRECE PARA QUE HAYA PAZ Y VIDA PARA TODOS**

De vivir asegurada en el castillo interior donde sólo mora Dios, el Dios de vida, misericordia y paz, pasa Edith a entregar la vida para que todos tengan esa

paz de Cristo en un nuevo orden de cosas que exprese la fraternidad de las hijas e hijos de Dios: “permítame, Vuestra Reverencia, ofrecerme al Corazón de Jesús como víctima propiciatoria por la paz verdadera; que el poder del Anticristo, si es posible, se derrumbe sin una nueva guerra mundial, y que pueda ser instaurado un nuevo orden de cosas (...) Sé que soy nada, pero Jesús lo quiere, y seguramente en estos días llamará a otros muchos para esto” (331: 1939).

Lo primero que llama la atención es la conciencia que tiene de la situación. Ve Europa en vísperas de una guerra, que si comienza, llegará a ser mundial. Cree que la causa de la guerra es la autoafirmación étnica absoluta, que implica la subordinación de los demás. Esa autoafirmación sin límites equivale a la autodivinización, y por eso desconoce a Dios y a los demás. Es el poder de las Tinieblas, el misterio de la Iniquidad, el Príncipe de este mundo, el Anticristo, imágenes bíblicas que apuntan a una mistificación tan desmedida, a una falta de realidad, a una mentira tan absoluta, que sólo cabe en el padre de la mentira; él es el que engendra la esclavitud de los que se entregan a esa impostura y la opresión e incluso la muerte de los demás (Jn 8, 38-44).

Ante esta situación tan desmedida se quedan cortas las virtudes cotidianas. Es preciso dar respuestas absolutas, no las que van desarrollándose procesualmente en la normalidad. La respuesta que ella da es ofrecer su vida. Una vida humana no parece contar nada en ese ambiente de grandes números y de masas compactas, y menos, la vida de una mujer judía. Cuando se habla de divisiones, de muchas divisiones fanatizadas y armadas hasta los dientes, de escuadras de aviones y tanques y de grandes flotas, una vida no vale nada. Ella sabe que para los que manejan los hilos de ese juego macabro no es nada. Pero también sabe que es muy distinto poner en juego la vida para prevalecer sobre todos, que dar la vida. En lo primero hay una pasión ciega que esclaviza, que desconoce a los demás, que deshumaniza y en definitiva que causa la muerte. Dar la vida, en cambio, es un acto de libertad, es la consumación de la libertad. Dar la vida para que cambie la actitud de los dirigentes y las masas y no haya guerra y para que la confrontación se transforme en emulación positiva y cooperación, en paz fecunda, es un acto humanizador a fondo, que puede llegar a valer y dar fruto, más aún que lo dará con seguridad, cuando y como Dios quiera.

Dios no necesita ni quiere víctimas. Por eso no quiere por ningún concepto la guerra. Menos puede querer que haya víctimas Jesús, que murió como víctima inocente. ¿Qué sentido tiene, pues, ofrecerse a él como víctima? Lo que vale es el acto de libertad del que da su vida antes de que se la quiten. Cuando casi todos están

dispuestos a quitarle la vida a quien se atravesase en su camino de gloria insensata, esta mujer, a la que se la va arrinconando cada día más, que ha tenido que huir de su patria y que antes había sido privada del derecho de ciudadanía, esa pobre mujer doliente que le había respondido a una amiga que le había preguntado cómo podía consolarla, que “no hay consuelo humano” (324), en medio de su abatimiento, tiene tanta libertad, es decir, tiene tanto amor, que es capaz de ofrecer su vida para que no haya derramamiento de sangre fratricida y para que se instaure un orden verdaderamente humano. En el momento en que muchos dan un paso al frente y se ofrecen a sus superiores para matar al enemigo, esta pobre mujer se ofrece para que nadie mate a nadie y para que llegue a instaurarse un estado de cosas en el que ya no haya enemigos. Se ofrece al que, cuando lo ajusticiaban, ofrecía su vida por los que se la quitaban y llevaba en su corazón a todas las víctimas de la historia.

Más aún, esta mujer está convencida de que este ofrecimiento no es ni una ocurrencia suya ni menos aún un acto de arrogancia sino el querer del Señor Jesús. Cuando se puso su nombre o más bien su apellido de carmelita, *de la cruz*, dijo que había encontrado lo que había pedido. Ahora lo ve mucho más concreto y por eso nuevamente toma la iniciativa de ofrecerse a participar de la cruz de Cristo para la vida del mundo. A la hora de la verdad todo se vuelve claro.

## **INVITACIÓN A ASUMIR LA ENFERMEDAD COMO UN MARTIRIO**

Edith escribe a un viejo profesor de filosofía, aquejado por un cáncer, en el mismo sentido de su ofrecimiento:

*Me ha impresionado mucho que, en su caso, el sufrimiento haya atacado los órganos con los cuales hoy se peca mucho. Me parece como una llamada para la realización de una expiación especial. Dicha llamada es una gracia extraordinaria. Creo que un sufrimiento tal, si es asumido con un corazón disponible y llevado hasta el final, ante Dios es como un verdadero martirio. En ese sentido le recuerdo ante el Señor (337: 1939).*

El dolor por los acontecimientos históricos no sólo deja lugar para la con-dolencia por la enfermedad sino que agudiza esa sensibilidad. Edith le habla con toda claridad y eso supone mucha confianza en el enfermo. Le pide que no viva su enfermedad como una desgracia, como un simple accidente y menos como una

tragedia. Debe vivirla como una gracia extraordinaria de Dios, que lo ha escogido para la misión de ofrecer sus sufrimientos para que Dios perdone a los que pecan con el órgano que él tiene enfermo. Mencionar ese aspecto tan delicado es muy importante pues le hace saber que ella no supone de ningún modo que su enfermedad haya sido ningún castigo sino que, por el contrario, debe convertirse, ésa es la oportunidad que Dios le ofrece, en un acto de solidaridad con los pecadores.

Para el enfermo es importante que se le hable con claridad: de ese modo puede sacar fuera y procesar lo que lo oprime. En este caso a una persona de buenas costumbres, de buenas a primeras le tiene que parecer chocante lo que le está pasando y un tanto bochornoso y por eso difícil de compartir. Que una antigua colega, mujer y ahora monja, le pueda hablar con naturalidad y delicadeza, invitándolo a dar un sentido trascendente a su desgracia, le tiene que parecer un tanto insólito, pero finalmente muy alentador. Ese fin tan desastrado de su vida se convierte en el máximo ejercicio al que puede aspirar un cristiano, tan alto que, en rigor, no puede aspirar sino que se lo tiene que conceder Dios. Que un apagamiento tan sin brillo pueda convertirse en la consumación trascendente de su vida es, ¡qué paradoja!, para agradecerlo y vivirlo de esa manera, aprovechando la ocasión.

Una excelente manera de ayudar a un amigo, meritorio y respetado, en desgracia.

## **INVITACIÓN A UNA VIDA INMOLADA A FAVOR DE LA VIDA, EN LAS FECHAS EN QUE SON INMOLADOS MILLONES DE SERES HUMANOS**

Edith felicita a un párroco por sus bodas de plata sacerdotales. Pero, como es habitual en ella, no se limita a un cumplido: “1914-1939: ¡cuántas cosas dentro de esas dos fechas! De ningún modo contemplo tal coincidencia como pura casualidad. Ahora usted estará mucho más presente en la oración del Carmelo. A través de los acontecimientos actuales nos sentimos urgidas a tomarnos muy en serio nuestra vocación” (337: 1939).

Se ordena al comienzo de la primera guerra mundial y hace las bodas de plata al comienzo de la segunda. Si no es una casualidad, es que es una invitación del Señor a una vida inmolada a favor de la vida, del entendimiento entre los seres humanos y como consecuencia, de la paz. Para animarlo a vivir así, le pone el ejemplo de ellas, que tienen la vocación de orar por los demás y por eso, los signos de

los tiempos, signos tremendos, de rechazo, como diría Medellín, del don mesiánico de la paz y por tanto rechazo de Dios mismo, espolean a orar con toda el alma.

## **PENSAR PARA SER ÚTIL A ALGUIEN**

Una Hermana del antiguo convento de dominicas donde estuvo viviendo de profesora le pregunta acerca del amor puro y del salmo 18. Ella responde, sobre todo, la primera, de manera sencilla, densa y certera, como algo bien cribado y posado en su vida. Al fin le confiesa: “Está bien que me haga preguntas. Sólo pienso, si me son planteadas cuestiones. De lo contrario, el entendimiento está ocioso. Pero me alegro cuando tiene que ser puesto en marcha, resultando todavía útil a alguien” (346: 1940).

El contexto es que acaba de terminar la corrección de pruebas de su gran obra, *Ser finito y ser eterno*, que tanto le costó escribir y, como hay pocas jóvenes en la casa, ha pedido que se la dispense de escribir y se la emplee en las faenas de la casa. En eso anda muy ocupada. Por eso, le alegra poder ser útil todavía con el entendimiento. Le alegra pensar, pero más pensar para ser útil a alguien. Pienso que esas reflexiones sí serían muy útiles a la Hermana.

## **¿SEGUIR HUYENDO O AFRONTAR EL DESTINO? ELLA DEBE SALVAR LA VIDA, PERO YA LA HA OFRECIDO Y ESTÁ EN MANOS DE DIOS**

Se empieza a ver que Holanda no es refugio seguro para la Hermana Edith, que sigue siendo judía. Ya han sido llamadas por la gestapo, ella y su hermana Rosa, que funge de portera y sacristana, a registrarse como judías, es decir apátridas expuestas a ser deportadas en cualquier momento. Por eso la superiora de otro convento quisiera hacer gestiones para que se traslade a otro sitio más seguro. Ella le contesta:

*Lo pongo todo en sus manos, y dejo a Vuestra Reverencia el consultar a las Hermanas, al Padre Provincial o al señor Obispo, para tomar una decisión. Estoy contenta con todo. Una scientia crucis sólo se puede adquirir si se llega a experimentar a fondo la cruz. De esto estuve convencida desde el primer momento, y de corazón he dicho: ¡Ave Crux, spes unica! (369: 1941).*

Como Jesús, que actuó con toda prudencia, yéndose de un sitio para otro o escondiéndose cuando lo querían matar o apareciendo siempre rodeado de la multitud que era para él un escudo, también Edith sabe que, aunque ha ofrecido su vida, no debe buscar la muerte, porque Dios no quiere la muerte de nadie. Pero, como Jesús, ella tiene que ser fiel a su vocación. Por eso se pone en manos de los que pueden y deben decidir sobre su vida. Ella, al ponerse en manos de Dios, se ha puesto en manos de ellos. Está contenta con lo que decidan.

Está escribiendo un libro sobre san Juan de la Cruz, que se titulará *La ciencia de la cruz*; por eso, tomando pie de lo que escribe y aplicándoselo a su vida, asegura que una ciencia de la cruz sólo puede adquirirse experimentando a fondo la cruz. La experimenta corriendo el riesgo con libertad espiritual, pero sabiendo en el fondo que llegar a padecer la cruz con la misma actitud de Jesús es la única esperanza, una esperanza que descansa sólo en él y que por eso no se puede merecer y menos aún buscar, pero que sí se puede ofrecer a ella y esperar. Con esa esperanza entró al Carmelo y se impuso el apellido (*a Cruce*), aunque en ese momento no podía saber cómo se iba a concretar esa participación. Sin embargo, la connotación histórica y más concretamente política, sí se hizo presente desde el comienzo.

Han pasado tres años de estancia en el Carmelo. Los dos Carmelos de Holanda han votado unánimemente que se traslade a Suiza, único país neutral y seguro. Ella le escribe a una amiga de muchos años, católica feminista, para que haga gestiones que posibiliten su entrada. Le dice que “si no pudiéramos salir fuera de esta manera, seremos deportadas de todas formas por las autoridades” (370: 1941). Le expone cómo vive su hermana en una comuna judía, en un espacio mínimo sobresaturado y sobrecargada de trabajo. “Si no queda otro remedio [le dice], nos someteríamos a un destino parecido./ Pero, como comprenderá, nuestros Superiores, de buena gana, quisieran ahorrarnos esto. Por mis votos, yo también estoy obligada a emplear todos los medios para poder seguir viviendo según nuestra regla” (id). Como se ve, Edith hará todo lo posible para salvar su vida. Pero es una vida enteramente ofrecida, vivida, desde ya, con Cristo crucificado.

El Carmelo de Suiza se ha comprometido ante las autoridades a mantenerlas de por vida y se les ha autorizado la entrada. Hace falta ver si los alemanes autorizarán la salida. Así comenta su situación: “Si no llegase, no me entristecería. No es ninguna pequeñez tener que abandonar por segunda vez una querida familia conventual. Pero lo tomo como Dios disponga” (378: 1942).

Está cansada de hacer del judío errante. Los alemanes les han dado permiso de quedarse por los momentos. Ella sigue haciendo las diligencias para obtener la seguridad, pero nuevamente asegura que en definitiva le deja a Dios su suerte.

## **SU ÚLTIMO RASTRO: EN LA INTEMPERIE Y HACIÉNDOSE CARGO DE SU MISIÓN DE CONSOLAR**

Escribe varias cartas en los barracones en una parada del tren de la muerte: “Ahora nos es dado experimentar un poco cómo se puede vivir sostenidas interiormente” (379: 4 agosto 1942). Ha dejado atrás los muros tutelares del convento y le toca experimentar personalmente lo que aconsejaba a otros, pero con más desnudez y radicalidad, ya que ella y su hermana están completamente a merced de sus verdugos y de la caridad de sus compañeros de infortunio.

“Aquí hay muchas personas que necesitan un poco de consuelo y esperan recibirlo de las Hermanas” (380: 5 de agosto 1942). Con la medida que la caracteriza, escribe que en esas circunstancias muchos necesitan, dice, un poco de consuelo. Han perdido todos los derechos y nada pueden esperar de la piedad de sus captores, que serán sus verdugos; por eso, para no hundirse en la desesperación, necesitan palabras de vida. Pocas palabras, pero verdaderas, quizás sólo las palabras precisas de quienes encaran digna y serenamente la situación y la viven, no encerrados en sí sino abiertos a los demás.

En ese tren viajan judíos católicos de Holanda, llevados a la muerte en represalia por la pastoral de los obispos en defensa de los judíos. Por eso muchas de estas personas esperan que sean precisamente las Hermanas las portadoras de ese consuelo, por encarnar la paz de Dios y la esperanza de que nadie podrá arrancarlos de sus manos.

El último rastro de Edith nos la muestra serena, mirando de frente a la realidad y consciente de que su misión es ayudar a los demás.

## **SÍNTESIS**

Edith posee una individualidad rica, cultivada y muy consciente. Pero también posee un agudo sentido de realidad, incluso una indomable voluntad de realidad. Por eso, siendo una persona muy individualizada, no es individualista.

Lo primero que destaca en ella es su apertura a los demás, su respectividad positiva respecto de los otros. De esa actitud primordial proviene tanto el poner su vida con los otros e incluso a favor de ellos, dando de sí positivamente como la voluntad de ayudar concretamente.

Dos son los modos como Edith ayudaba: aconsejando y pidiendo a Dios por esa necesidad, por ese problema, por esa persona. Los consejos de Edith se caracterizan, como no podía ser menos tratándose de una fenomenóloga, por su aguda percepción del estado de la cuestión que le presentan, tanto en el aspecto objetivo como en las implicaciones personales, y porque los consejos propuestos están en esa misma línea de asumir las posibilidades que abre la situación o las posibilidades de crecimiento de la persona al aceptarla personalizadamente. Queremos subrayar en particular su insistencia en inscribir del problema propuesto en la situación histórica y lo que diríamos, en términos del Vaticano II, la capacidad de leer los signos de los tiempos y las llamadas de Dios en ellos para las personas.

El contenido medular de sus consejos es el de su misma vida: ponerse en manos de Dios no queriendo disponer uno de su vida sino dejándole la iniciativa a Dios, lo que implica dejar las pretensiones egocéntricas o el espíritu de cuerpo para hacerse disponible al designio de Dios como lo más conveniente para uno, como su plenificación.

## BIBLIOGRAFÍA:

- Teresa Renata del Espíritu Santo Posselt, *Edith Stein: una gran mujer de nuestro siglo*. Monte Carmelo, Burgos 1998
- Teresia a Madre Dei, *Edith Stein: en busca de Dios*. EVD, Estella 1994
- Neyer, Edith Stein: su vida en documentos e imágenes. Ed. de Espiritualidad, Madrid 1987
- Feldmann, Edith Stein: judía, filósofa y carmelita. Herder, Barcelona 1992
- Boufflet, Edith Stein: filósofa crucificada. ST 2001
- Herbstrith, El verdadero rostro de Edith Stein. Encuentro, Madrid 1990
- Müller - Neyer, Edith Stein: vida de una mujer extraordinaria. Monte Carmelo, Burgos 2001
- Sancho, Edith Stein: modelo y maestra de espiritualidad. Monte Carmelo, Burgos 1997
- Meester, Santa Edith Stein: un auténtico diamante. Monte Carmelo, Burgos 2005

**Edith Stein: ayudar a los demás, vivir en favor de ellos**

Batzdorff, Mi tía Edith: la herencia judía de una santa católica. Ed. de Espiritualidad, Madrid 2001

Brenner, Resistencia ante el holocausto: Edith Stein; Simone Weil; Ana Frank; Etty Hillesum. Narcea, Madrid 2005